
DESCUBRIR LA COMUNIDAD DE FE

I. (*) Para seguir siendo cristiano, hay que llegar a ser discípulo.– Para llegar a ser discípulo, hay que vivir la propia fe en comunidad de fe.– Para que los cristianos sean capaces de reunirse en nombre de Jesús, deben descubrir las condiciones de su propia existencia no filosofando sino por esfuerzo de interioridad.– Esta toma de conciencia existencial crea una primera comunidad básica entre las personas, y la exige para poderse desarrollar en profundidad.– La comunidad de fe en Jesús se injerta en una comunidad de base así.– Trascendencia de la comunidad de fe en Jesús.– La renovación de la Cena es la clave de bóveda de la comunidad de fe.– La Cena en la comunidad de fe en Jesús.– La comunidad de fe y la parroquia.– El trabajo de formación intelectual y espiritual en la comunidad de fe.– Pertenecer a una comunidad de fe es exigente.

II. Originalidad existencial de la comunidad de fe en Jesús.– Interdependencia entre el estado espiritual de una comunidad de fe y el de sus miembros.– Actividades de una comunidad de fe en Jesús injertada en una comunidad de base propiamente humana.– Los sacramentos.– La presencia física de la comunidad de fe forma parte de los signos sacramentales, junto con la del ministro que detenta los poderes institucionales.

III. La existencia de la comunidad de fe y sus actividades son, al mismo tiempo, dones y llamadas de Dios.– Exigencias del don y de la llamada en cuanto tales.– El bautismo.– La confirmación.– El orden sacerdotal.– El matrimonio cristiano.– El sacramento de la penitencia.– La extremaunción.

IV. Hoy día, las comunidades de fe son aún muy escasas.– Dificultades de la fundación y de la perseverancia de una comunidad de fe.– Necesidad del retiro para quienes quieren participar de un modo particularmente activo en la vida de una comu-

(*) El Apartado I de este cap. VII de *Mutation de l'Église et conversion personnelle* (París, 1975) se publicó ya en el *Cuaderno de la diáspora* 15 (Madrid, 2003, p. 75-101). Si volvemos a publicar este apartado (con una versión revisada), es para que el lector pueda seguir el hilo de todo el ensayo de Légaut. Más adelante indicaremos unas páginas específicas, de este mismo apartado, que se publicaron aún antes, en el *Cuaderno* 4.

nidad de fe.– La comunidad de fe y sus extensiones posibles pero no necesarias.– Las órdenes contemplativas.

I

Para seguir siendo cristiano, hay que llegar a ser discípulo

Bajo la presión de las sociedades modernas y de su poder sobre las personas, la Iglesia se va viendo desposeída de los medios de acción de que disponía antaño; condenada, en adelante, a perder todo poder político propiamente dicho, en todas partes y en un futuro no muy lejano. Desgraciadamente, estas perspectivas no la llevan a descubrir, o más bien a abrazar resueltamente, su forma de ser, que es esencial para ella, que la haría singular y única en el mundo, con lo cual éste reconocería que es necesaria e irremplazable. Por el contrario, permanece presa de la nostalgia de la casi soberanía absoluta de siglos pasados, cuya sombra se esfuerza en perpetuar.

Justo cuando tendría que tener un espíritu creativo y alerta, para purificarse, volver a ser joven e ir hacia delante, no sabe desprenderse de esta especie de melancolía que le pesa como un lastre y le hace conservar lo mejor y lo peor dentro de sí, de forma sistemática e indistinta. ¿No sería ahora el momento de reconocer a qué peligros se expuso y en qué tentaciones cayó sin quizá saberlo demasiado? ¡Qué audiencia renovada y fecunda le daría su indigencia si la viviese con fe, conforme con lo que de veras le conviene! Para cumplir su misión, la Iglesia, lo acepte o no, no tiene más remedio que entregarse por entero a la fidelidad de *una fe que esté cada vez más enraizada en la profundidad humana, de donde extrae misteriosamente su savia; y, además, cada vez más fundada, explícita y únicamente, en lo que pasó entre Jesús y sus discípulos hace veinte siglos.*

Esta trascendencia respecto de toda doctrina, este fundamento humano, esta inteligencia espiritual harán que la fe sea cada vez más exigente en la forma de comunicarse y de ser recibida. Para ser un cristiano que no se contenta con dejarse llevar por su Iglesia sino que, al contrario, contribuye activamente a la fidelidad de ésta a su misión, siempre ha habido que ser discípulo y que dejarse inspirar por el espíritu de Jesús merced a una intelección, siempre en desa-

rollo, del mensaje del Evangelio, de su profundidad humana y de su universalidad. No obstante, nunca como ahora se había hecho tan patente esta necesidad pues, *a partir de ahora, como en los primeros tiempos, hará falta una verdadera conversión para ser cristiano.*

Esta conversión es difícil porque los tiempos actuales, todavía con la euforia (sin duda precaria) de una ciencia triunfante y de una sociedad de la abundancia, son extraordinariamente desfavorables, a la profundización personal que se necesita incluso para permanecer en pie y no verse derribado como hombre, porque fomentan la exteriorización, la dispersión y el materialismo groseramente ateo. En efecto, en la actualidad, para no perder el gusto de vivir, para no dejarse llevar por la incesante persecución de la satisfacción de necesidades que la sociedad multiplica a su antojo, y para no ver tampoco sucumbir paulatinamente las propias convicciones en el nihilismo o en la inconsistencia de las opiniones que se reciben desde fuera, hay que reaccionar contra todo tipo de seducciones y de presiones colectivas y *acceder a una interioridad verdadera y descubrir el fundamento mismo del propio modo de ser*, gracias a una iniciativa y vigor personales.

También es difícil hoy ser discípulo porque *hay que liberar la personalidad de Jesús* no sólo de una concepción (todavía generalizada) que hizo de él un ser hierático, más divino que humano, sino también de una concepción de la divinidad hecha a la medida de los razonamientos, imaginaciones y sentimentalidades del pasado, que ya no cuadran ni con la mentalidad ni con los conocimientos modernos. Esta concepción de antaño permitió en su tiempo, aunque gracias sobre todo a los recursos espirituales de los individuos, que algunos llegaran al amor de discípulo, que conocieron, primero, los judíos que experimentaron y reconocieron la irradiación que emanaba de la humanidad de Jesús. No obstante, esta concepción es cada vez más incapaz de hacer lo mismo ahora. Aunque sostiene con fuerza la realidad de la humanidad de Jesús y se defiende contra todo «docetismo», no atribuye, a dicha humanidad, el lugar capital que debería tener. Por eso el cristiano, en la práctica, se siente inclinado a ver, en Jesús, más al Dios que al hombre, a pesar de que *la misma doctrina del Evangelio indica que la vía de progresar en el descubrimiento de Dios es a través del conocimiento del hombre que fue Jesús.*

Para ser discípulo ahora que se conocen mejor las condiciones en que se formaron las Escrituras, cada uno tiene que abrirse *un camino*

para sí que no puede ser sino personal y, en cierta manera, único a fin de descubrir a Jesús más allá de lo que dijo e hizo y también, en cierta forma, a pesar de lo que nos aportan las Escrituras al respecto. Las Escrituras están necesariamente muy marcadas por el temperamento y las preocupaciones de sus autores, por más que broten de la fe de los discípulos y de las primeras iglesias, y por más que tengan un fundamento en la historia. En ellas apuntan ya inicios de doctrina, y abundan desarrollos apologéticos adecuados a su tiempo, pero también limitados por él. El acontecimiento sobrepasaba demasiado a aquellos hombres para que pudiesen relatar con exactitud, en la medida de lo humanamente posible, quién era Jesús en su dimensión íntima. ¿No es ésta la consecuencia ineluctable de su trascendencia, que ellos mismos reconocieron y afirmaron?

Para alcanzar a Jesús en lo que hay de universal y de divino en él y en sus comportamientos que, aun siendo excepcionales, no dejan de ser de una época y de un lugar, es indispensable acceder a una profundidad humana a la que sólo se llega a través de la experiencia que da una vida fuerte, llena de búsqueda y de fidelidad, e inspirada de antemano en el espíritu de las Bienaventuranzas.

Para ser discípulo, hay que vivir la propia fe en comunidad de fe

Las primeras generaciones de cristianos comprendieron en seguida que *necesitaban* vivir en comunidad, no sólo para resistir a las presiones y agresiones judías y paganas sino también para crecer en la fe e irradiarla. Los cristianos deben descubrir de nuevo esto mismo en la actualidad. Sólo los que comprendan la imperiosa necesidad de vivir su fe en comunidad podrán seguir siendo creyentes, pese a todo lo que se opone; y ser asimismo, cada uno en su lugar, útiles e indispensables obreros de la mutación necesaria en la Iglesia para que ésta cumpla su misión en la actualidad. *Esforzarse por revivir juntos, en lo posible, el grupo fraterno cuyo centro fue Jesús y que ayudó, a los discípulos y al mismo Jesús, a ser lo que llegaron a ser; y reencontrar juntos, bajo modalidades renovadas porque los tiempos son otros, la fecundidad interior y la irradiación exterior de las primeras comunidades.*

La parroquia actual no es, en un sentido verdadero, una comunidad de fe. No puede serlo porque, para empezar, el número de feligreses impide el conocimiento mutuo, las relaciones reales y, aún más, los intercambios en el plano de la vida espiritual y de la fe. Sin duda, los cris-

tianos de los pueblos pequeños se conocen mejor gracias a una forma de vida parecida, a una estabilidad de generaciones y a una frecuentación cotidiana. Sin embargo, no forman sino una colectividad coherente que sólo en contadas ocasiones alcanza el nivel de una comunidad de fe. Nunca se les ha ayudado y ni siquiera invitado a ello a pesar de que se les ha hablado tanto de la caridad; y, cuando se reúnen los domingos en misa, no es para compartir ni su vida espiritual ni una indagación común en torno a la fe, a pesar de no ser esto numéricamente imposible, como en las ciudades. Se limitan a asistir pasivamente al culto que se les propone, igual que los adeptos de otras iglesias y religiones. Escuchan el sermón con un silencio efecto de la rutina. No pretenden asimilar la «palabra de Dios» que se les quiere enseñar a toda costa. No debaten entre sí para ver el alcance práctico y cotidiano de esta «palabra», ni para abrirse a la interioridad a través de ella, ni para descubrir a su luz el sentido de su existencia y fortalecer la fe mediante una intelección mayor de quién fue Jesús y de cómo comenzó y qué fue y es la Iglesia.

No cabe duda (!) de que Jesús, a partir de su fe en su propia misión y de una experiencia viva e intensa con sus discípulos, *prometió a éstos su presencia en medio de ellos cuando se reunieran en su nombre tras su muerte*. ¿Acaso no estaba ya más en ellos que ante ellos cuando les hablaba y ellos le escuchaban como no lo habían hecho antes, en aquellas horas de gracia finales, en las que él y ellos no eran sino uno ante Dios, y de él salía una especie de fuerza que los habitaba y los revelaba a sí mismos, más allá de lo que entonces podían concienciar? Sólo más tarde lo comprendieron. Sus recuerdos, sostenidos por lo que Jesús había sido para ellos, movidos por él actuando en ellos, tenían la fecundidad de los encuentros de antaño.

Esta presencia invisible pero real; más objetiva que una realidad física que se ve y se toca, pero radicalmente interior; alcanzable en el fondo de sí cuando se penetra hasta ahí, es inimaginable para el que la ignora, incluso cuando alguien se esfuerza en hacérsela verosímil y en descubrirla a toda costa. La promesa de esta presencia, consignada en las Escrituras, funda, mejor que cualquier otro pasaje de los Evangelios, la comunión que tiene que ser la Iglesia.

(!) [N. del E.] Prosiguen siete páginas que, por haberse publicado ya en el *Cuaderno de la Diáspora* 4, p. 35-47, se publicaron, en *Cuaderno* 15 en letra menor (p. 79-87).

Para que los cristianos sean capaces de reunirse en nombre de Jesús, deben descubrir las condiciones de su propia existencia no filosofando sino por esfuerzo de interioridad

Era fácil que los primeros discípulos se reunieran en nombre de Jesús ya que habían vivido con él horas indecibles que los habían preparado poderosamente para hacerlo. Como bajo la acción de un fermento, sus recuerdos se desarrollaban paulatinamente, así como la claridad de su inteligencia y el fervor de su amor.

En adelante, para que los cristianos sean verdaderamente capaces de «reunirse en su nombre», para que vean que así se realiza la promesa que hizo Jesús cuando pensaba en lo que los suyos llegarían a ser cuando él los hubiese dejado, *es preciso que estos hombres avancen, a lo largo de su vida, por los caminos que acercan a la profundidad humana; aquella que los primeros discípulos alcanzaron, vital si no explícitamente, gracias a la horas excepcionales vividas en comunión con el Maestro*. No se trata sólo de reunirse un día determinado porque así lo prescribe la ley eclesiástica; ni tampoco de hacerlo por ser de la misma condición (edad, oficio, clase social, etc.), o de la misma educación y cultura, o por cooperar en una misma actividad (ni que sea excelente) bajo la enseña de una ideología común (social, política o incluso confesional). *Una comunidad de fe cristiana debe estar injertada, necesariamente, en una comunidad de personas en camino hacia su humanidad* a través de la conciencia creciente de su condición y destino, y, además, a través de la fidelidad en responder a esta conciencia y lucidez.

Para reunirse en nombre de Jesús de otro modo que de una forma colectiva, en ceremonias que no dejan de ser algo artificiales y ficticias por estar fuera de la vida real, *hay que entrever antes, gracias a una verdadera interioridad, la parte consistente, estable y universal escondida en el fondo de sí*, bajo todos los límites, de la propia historia y de la de los más cercanos (límites que están más allá del bien y del mal); hay que saber reconocer, debajo de las apariencias comunes, banales y cotidianas, *el carácter único de uno mismo y de los otros*, y captar la seriedad que dicho carácter único comporta; hay que asumir la propia grandeza pese a las faltas irreparables, los fracasos definitivos y las degradaciones, de todo tipo y sin fin que son la consecuencia; hay que desposar, sin reticencia ni vértigo, la soledad fundamental y la carencia de ser de uno mismo; y, en fin, hay

que haber penetrado en el plano de la existencia, más allá del de la vida ⁽²⁾.

No se trata de filosofar o de disertar de un modo general sobre la condición humana, o de desarrollar las implicaciones de tal antropología particular, ya sea de origen teológico o una extrapolación a partir de las ciencias humanas. Reflexionar de esta forma impersonal, como si no se tratara principalísimamente de uno mismo, sería huir de la pregunta que uno es para sí. En lugar de cargar con ella sobre sí como persona, y hacer que sea ella quien lo lleve a uno hacia el propio devenir, reflexionar de esta forma general sería condenarse a sí mismo a permanecer ajeno a la pregunta que uno es para sí. No obstante, pese a todo, esta pregunta, de una u otra forma, no deja nunca de ser un aguijón en carne viva. En lo íntimo, a solas con uno mismo y aunque no queramos reconocerlo, nunca nos engañamos del todo con las sistematizaciones que construimos para responder a dicha pregunta; ni tampoco nos hacemos ilusiones del todo, de poder escapar de ella protegiéndonos con alguna seguridad ideológica, tradicional, científica o unánimemente compartida.

No, no basta con medir los límites singularmente estrechos en los que se ejerce la libertad del hombre según las ciencias que tratan de hacerlo. *Sin la existencia de esta libertad, estas ciencias, por rigurosas que fueran, estarían ellas mismas encerradas también, sin remedio, en la pura mecánica de un universo ineluctablemente cerrado sobre sí. No serían sino una mera consecuencia de los determinismos que ellas describirían.*

Ciertamente, «por el nacimiento carnal impuesto, el hombre no es más que una miguita diminuta del universo, un ínfimo producto de la evolución cósmica. El mundo físico y él están cortados de una misma pieza. La brutalidad de la jungla se prolonga en la selva del inconsciente del hombre. Su subjetividad es la resultante de todos los determinismos, internos y externos, de los que él es el escenario, y de todas las sedimentaciones de su historia infantil», comenzada mucho antes de venir él al mundo ⁽³⁾. Y su subjetividad es una prisión tanto más hermética para él cuanto menos la reconoce como tal.

⁽²⁾ Ver *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, p. 91.

⁽³⁾ Este pasaje está sacado de las obras de Maurice Zundel.

Muy al contrario, hay que descubrir en sí y para sí la zona, por estrecha que sea, en que uno es consciente y juzga tener una iniciativa personal, inalienable e irremplazable, dependiente e inseparable por completo de lo que él es, sin poder sin embargo justificarlo. *El hombre debe reconocer y asumir la naturaleza única y la responsabilidad exclusiva de este juicio en el que está en juego su vida.* Debe afirmar la posibilidad y la exigencia de esta iniciativa libre aunque, por ser precaria y discutible, uno mismo siempre se la cuestione cuando se mira a sí mismo como objeto, en lugar de captarse como sujeto.

Esta opción sería como una apuesta, que sería incierta mientras no llegase el veredicto del porvenir, si el hombre no descubriese, poco a poco, a lo largo del tiempo, que, en realidad, él se engendra a sí mismo a través de ella, por el movimiento íntimo que surge de su ser y que le hace tomar y mantener dicha opción. Este movimiento esencialmente personal, aun procediendo de su decisión, no depende únicamente de su razón. Desborda su razón del mismo modo que el hombre supera la conciencia que tiene de sí. Sin embargo, por este logro, que uno constata sin haberlo buscado especialmente, este movimiento se revela *razonable, más allá de toda razón.*

Mis actividades afectivas e intelectuales, tanto si sólo me conciernen a mí como si conciernen también a otros, individual o colectivamente, ¿agotan la totalidad de lo que soy, o hay en mí una realidad en acto que las engloba, que las suscita desde dentro, que se nutre de ellas oscuramente pero que, además, las trasciende? En el momento en que estas actividades se ejercen, son, es verdad, inseparables e indiscernibles de esta realidad mía que, poco a poco, les insufla y les confiere un espíritu y un sentido que no son, sin embargo, algo sobreañadido de forma premeditada. Este espíritu y este sentido, desarrollados a lo largo de la vida, no proceden de proyectos elaborados conscientemente y escogidos entre otros igualmente posibles. Son por esencia propios de estas actividades sólo porque ellas son mías. Ellos son, más aún que ellas, exclusivamente míos. Surgidos de mí, ¿no me constituyen para siempre, a partir de mis actividades informadas por ellos, como un fruto del mundo que madura durante mi vida presente, aunque el pasado lo haya preparado también lenta y pacientemente?

La parte que ignoro de la totalidad que yo soy, ¿se reduce a mi inconsciente; un inconsciente que hoy desconozco por falta de técnicas de

introspección, pero que podría conocer en el futuro o que, en todo caso, si permaneciese rigurosamente inalcanzable en el futuro para mí, sería sólo porque nunca podría poner en práctica, de forma suficientemente avanzada y completa, los métodos convenientes? O, por el contrario, ¿no será que soy, por constitución, al margen del inconsciente que he heredado y cultivado sin saberlo, *misterio para mí mismo, y yazgo por eso en una ignorancia estructural de mí mismo que, sin embargo, no llega hasta el punto de que yo la desconozca? Esta ignorancia, total sin ser absoluta, ¿es una insuficiencia radical, de la que no tengo nada que decir ni que deducir, y que sólo tengo que constatar; o, por el contrario, manifiesta una impotencia básica que, sin embargo, si acepto reconocer, se me propone como un signo en mí de un más allá de mí?*

Todo lo que en mí no puedo razonar totalmente y por consiguiente tampoco transmitir, ni siquiera a los que son especialmente próximos para mí, ¿es sólo pura subjetividad aleatoria y transitoria; o, por el contrario, no soy, acaso, una interioridad inasequible para mí y con más razón incommunicable a cualquier otro; interioridad inmersa en la subjetividad enteramente, sometida a sus variaciones y saltos imprevisibles pero, al mismo tiempo, que trasciende dicha subjetividad, camino de llegar, a través del tiempo, a una unidad estable y consistente? Interioridad que no es racionalmente explicitable; que ni siquiera es aproximadamente expresable; que no procede ni directa ni rigurosamente de ningún criterio objetivo, que no posee ninguna certeza, ni ninguna seguridad que le venga de fuera de ella misma, pues sólo su propio testimonio la asegura. Testimonio del que yo soy responsable, más allá de mi conciencia moral, por la totalidad de lo que soy; totalidad a la que dicho testimonio afecta de forma capital. Esta interioridad que es mía más que todo lo que es mío bien por haberlo conseguido bien por haber salido de mí, ¿no es, para mí, una realidad tan real o incluso más que lo que percibo y recibo del exterior o que lo que pienso y digo claramente?

¿Hay una ley razonada, de aplicación general, que formule por completo aquello a lo que debo someterme como cualquier otro para ser o, mejor, para llegar a ser un hombre? O, por el contrario, para alcanzar mi propia humanidad, ¿acaso no me veo empujado a observar unas exigencias íntimas que me llegan de más allá de lo que procede de la sola razón, aun si dichas exigencias se ayudan de ella para nacer; exigencias que me conciernen personalmente (a mí

y no a otro), y que confieren, a la ley impuesta a todos por igual, el espíritu con el que debo, yo en particular, cumplirla? Este espíritu, por sus implicaciones, ¿puede llegar hasta hacerme rechazar, por fidelidad, algunos puntos determinados de dicha ley, en algunos casos concretos?

Asumo la responsabilidad de afirmar la existencia de estas exigencias íntimas que llevan en mí la marca del absoluto, así como la existencia de esta interioridad tan personal, en la que dichas exigencias nacen y a la que engendran si respondo a ellas, dentro del movimiento mismo por el que me afirmo que existo. Estas exigencias y esta interioridad son el corazón y los pulsos de mi vida espiritual; vida espiritual que, arraigada en mi inconsciente, sumergida en el misterio que yo soy, pone en acto mis potencialidades aún ocultas, a medida que me desarrollo en mi línea fundamental. Estas exigencias y esta interioridad son la manifestación de mi trascendencia frente a los acontecimientos que encuentro, las pulsiones que padezco, lo que digo y hago, y lo que parezco y sé de mí. Esta reivindicación de todo mi ser, esta toma de conciencia de una experiencia íntima, ¿es sólo imaginación de una razón desajustada, mera ensoñación de una sentimentalidad loca? El hombre, en nombre de la razón, ¿no sería más que un ser de razón?

Esta toma de conciencia existencial crea una primera comunidad básica entre las personas y, además, la exige para poderse desarrollar en profundidad

Todas estas cuestiones son capitales. Se alzan imperiosas, de forma velada o claramente formulada, cualquiera que sea el nivel de conciencia y de cultura que se tenga, en las horas cardinales de la vida propia o de los más cercanos, o con ocasión de acontecimientos graves que sacuden en sus cimientos las bases sobre las que uno ha edificado su existencia; y no soportan ninguna respuesta definitiva que dispense o que impida que uno tenga que plantearse de nuevo, más adelante, en su brutalidad.

Estas cuestiones deberían estar, sin cesar, si no presentes en la mente, sí, al menos, a flor de conciencia, prontas a reaparecer a la menor ocasión. ¿Se puede ser hombre verdaderamente sin vivir de esta manera en el límite? Y, sin embargo, vivir así es excepción dado que se vive como en un sueño por lo general, bien porque uno se entrega a la facilidad de

no pensar (cosa a la que contribuyen, sin gran esfuerzo, las ideologías, que ayudan a permanecer en la superficie de uno mismo y aun en el exterior, a través de la fascinación de las ideas y de la distracción de las actividades); bien porque uno vive anegado en medio de la abundancia de informaciones sobre la actualidad que proponen los medios modernos de comunicación (*); bien porque, en fin, a pesar de la edad, uno se torna infantil bajo el peso cegador de sus conocimientos y de las rutinas paralizadoras de su función.

Vivir en el límite, con estas cuestiones a flor de conciencia, es también excepción porque, *esta inteligencia de sí, de la condición humana y del Mundo* (inteligencia de cuyo descubrimiento, por otra parte, nadie nos puede dispensar, ni tampoco de hacerlo a nuestro modo y a su tiempo, así como tampoco de tener que llevar y desarrollar dicha inteligencia durante toda la vida), *el hombre la necesita recibir* dado que generalmente no tiene a su disposición, al menos al comienzo, suficientes recursos espirituales; pero recibir no por enseñanza ni por imitación, lo cual sería radicalmente insuficiente, sino *a través de un principio interior*, como por una revelación íntima que sería como un cebo dentro de uno.

A veces, el hombre accederá a esta promoción esencial en el orden de lo humano si, gracias a lo que él es en su interior, *se encuentra, en profundidad, con una persona que ya ha alcanzado este nivel espiritual* en cierta medida; alguien cuya presencia él sabe acoger como el eco global en él de la realidad total de aquella persona. Sin embargo, con más frecuencia, el hombre logrará pasar este umbral que abre sobre lo humano, si se deja penetrar y como levantar por dentro por *una comunidad cuyos miembros se reúnen fraternalmente con objeto de*

(*) Estas informaciones son insuficientes, aunque no lo parezca, para vivir realmente y no sólo como mero actor y espectador, autómatas dentro de la gran maquinaria del mundo. Un conocimiento incluso exacto (lo cual es raro y nunca seguro) de los sucesos que a diario asolan la tierra es algo sólo abstracto o que sólo emociona durante un instante, a no ser que dichos sucesos se sepan ver con la mirada de quien vive con suficiente interioridad y profundidad. Más allá de la contingencia de estos acontecimientos, pronto olvidados por muy dramáticos que sean, el hombre, hipnotizado por su propia masa y por su número, por las esperanzas y los temores que estos suscitan, y arrastrado por el flujo veloz e irreversible del tiempo, no recibe de los sucesos que son noticia ninguna inteligencia de su condición. La oleada tumultuosa de informaciones recubre y esconde dicha inteligencia.

ser más conscientes y de vivir mejor, juntos, su condición humana. Una comunidad de este tipo tiene, por lo general, una irradiación mucho más potente, abierta y accesible, que la de un ser solo, aunque éste sea eminente.

Su misma naturaleza lleva al hombre a descubrir junto con otros esta comunión en profundidad que va mucho más allá de los lazos sociales habituales. Esto sucede cuando se siente directamente concernido por los grandes acontecimientos de la vida, suyos o de sus más allegados: consolidación de la pareja, fundación de un hogar, paternidad y crecimiento de la familia, y también la enfermedad, la desgracia y los conflictos interiores decisivos. En momentos así, el hombre recibe, de esta *comunión espontánea con todo ser que ha conocido las mismas situaciones y no las ha rehuido*, un aumento de luz sobre cuál es en definitiva su condición y, además, un aumento de fuerza que le empuja a entrar en su destino y ser capaz de afrontarlo. El sentido de esta comunión de base es particularmente vivo e instintivo cuando los hombres están amenazados en su misma existencia ⁽⁵⁾. *Una familiaridad real con la condición humana en su crudeza*, y en particular con lo trágico a lo que conducen sin remedio las situaciones dramáticas con las que se topa toda existencia, debería ser el cemento y el fruto de una comunidad entre personas, base en la que los cristianos deben injertar su comunidad de fe.

La comunidad de fe en Jesús se injerta sobre esta comunidad de base

Una comunidad de base así entre hombres adultos y en pie, por su mero influjo sobre sus miembros, los levanta por encima de sí mismos igual como pasó entre Jesús y sus discípulos por la irradiación de éste mientras vivió, *antes de que ellos fueran conscientes y formularan su fe en él*. ¿No fue acaso una elevación de este tipo la que llevó a los discípulos a ver en Jesús el Mesías de sus esperanzas, más que una realización literal de ciertas profecías; realización en la que

⁽⁵⁾ ¡Cuántos alcanzaron este sentido y esta comunión, sin haberlo buscado ni haberse preparado antes conscientemente para ello, cuando se vieron totalmente desposeídos de lo que antes había sustentado su vida y no tuvieron ante sí sino la esclavitud y la muerte! ¡Cuántos, sin embargo, de los que regresaron sanos y salvos de estas situaciones extremas, volvieron a ser como antes por no saber ser fieles a aquellas horas, trágicas pero abiertas sobre lo esencial humano!

sólo después cayeron en la cuenta, y que expusieron sistemáticamente sobre todo en vistas a la predicación? Jesús respondía a la esperanza irreprimible del hombre de cualquier tiempo y lugar por su presencia y por lo que ésta irradiaba ⁽⁶⁾.

Sólo esta comunión humana ante el destino puede dar a la comunidad de fe un asiento suficiente, amplio, sólido y bastante fundado en la profundidad del hombre, sobre el que ésta se levante hasta el nivel del misterio de Dios en Jesús. La comunidad de fe, anclada y arraigada en lo humano, permitirá a sus miembros alcanzar la estatura necesaria para poder reunirse en nombre de Jesús y recordarlo activamente, tal como hicieron los primeros discípulos tras la muerte del Maestro, en horas completamente marcadas por la vida de éste entre ellos y por su fin dramático, tan misteriosamente transformado en apoteosis. Esta reunión fraterna se adecuará tanto a lo deseado por Jesús que será capaz de conocer aquella presencia suya, prometida por él a los suyos. Además, en sentido inverso, la comunidad de fe aportará, a la comunidad humana de fondo y a sus miembros, nuevas posibilidades de profundización, pues *Jesús es revelador del hombre para el hombre en la medida en que éste llega a ser su discípulo*.

Trascendencia de la comunión de fe en Jesús

Gracias a esta comunión auténticamente humana, los cristianos, cuando se reúnan «en su nombre» con viva conciencia de su condición (para lo que no hay necesidad de ser intelectual sino sólo hay que asumir noblemente el propio destino y ser hombre), serán transformados, a

(6) Era inevitable que, *por una desviación de su sentido* (tentación en la que casi todos sucumbieron), *esta presencia pasase a interpretarse y a perderse* entre las expectativas mesiánicas, las aspiraciones políticas y las perspectivas apocalípticas de aquella y de todas las épocas. Este desvío del sentido de su presencia, ¿no se plantea con fuerza en los períodos agitados o cuando el futuro parece amenazador? Este desvío permite cultivar un fervor religioso de baja calidad que logra encontrar en las Escrituras, sin dificultad, por una lectura carnal de las mismas, la confirmación de aquello que o se tiene por seguro o se teme o se espera por motivos completamente distintos de la «esperanza fundamental» que no soporta verse precisada y limitada por tales expectativas. ¿No es esto lo que dificulta, por ejemplo, la lectura de los fragmentos que narran milagros? (Ver: «Ensayo sobre la fe. Aplicación a la fe en Jesús», *Cuadernos de la Diáspora* 20, Madrid, AML, 2008, p. 98-100, «Milagros y profecías mesiánicas»).

lo largo de su vida, tal como ocurrió con los discípulos. Su comunidad, centrada por completo en Jesús presente invisiblemente más allá de su presencia en cada uno de ellos, recibe una calidad nueva y como un nuevo ser que procede de la fe pues ella es la que la crea (7).

En sí misma, esta comunidad es "Iglesia" más aún que "de la Iglesia" pues no necesita que la Institución la organice. Si la Jerarquía la hubiese fundado por su autoridad, esta comunidad artificial, ni convocada por sus miembros ni surgida de ellos, pronto se habría degradado y disuelto. Ésta es la razón por la que la Iglesia debe reconocer a una comunidad de fe así; igual que dicha comunidad debe ayudar a la Iglesia a animar espiritualmente a su Institución, siempre tentada por el sobrepeso de materializarse en demasía.

La comunidad de fe, gracias a Jesús, trasciende la comunidad de base humana y es inmanente a ella, igual que el misterio de Dios respecto del misterio del hombre. Del mismo modo, la actividad de la comunidad de fe sobre sus miembros es a la vez trascendente e inmanente a las acciones que éstos realizan en y a través de esta comunidad. La actividad de la comunidad de fe, injertada en las acciones de sus miembros, dependiente e inseparable de ellas, no es, sin embargo, únicamente consecuencia ni de lo que estos hombres son individualmente en el plano espiritual, ni de lo que hacen por el mero hecho de hacerlo juntos. Por su actividad, la comunidad de fe en Jesús tiene una fecundidad propia en sus miembros y en su entorno; una fecundidad que depende y es inseparable de la eficacia intelectual y afectiva, de naturaleza sociológica, que logran idénticas acciones en una asamblea cualquiera, pero que aquí es también de otro orden pues está en relación directa con el misterio del hombre y de Dios.

La renovación de la Cena es la clave de bóveda de la comunidad de fe

La «última cena», la cena del adiós, fue la reunión donde se confirmó, por la potencia misma del hecho, la promesa de Jesús de que él estaría con ellos allí donde se reunieran dos o tres en su nombre. Todo lo que había ocurrido entre Jesús y sus discípulos (lo que él les había dicho y había hecho, y lo que ellos también habían dicho y

(7) [N. del E.] Fin del texto publicado en el *Cuaderno 4*.

hecho) se tornó portador de la presencia del Maestro en medio y dentro de ellos; de suerte que Dios mismo, a través de la totalidad de su humanidad y como por una especie de transfiguración completamente interior, estaba presente en el mismo movimiento que los unía a Jesús y entre sí.

Rápidamente, los añadidos que las tradiciones recibidas y la mentalidad reinante injertaron en este momento único de comunión ayudaron a que tanto los que estuvieron en el último cenáculo como los primeros convertidos pudiesen hacer brotar de nuevo la misma presencia de Jesús en la renovación de la Cena; presencia que, sin igualar la plenitud de aquella única hora última, *no era menos real y eficaz a su manera*. Modelada por el ser y la fe de aquellos primeros cristianos, les confirmaba el sentido y el espíritu de su vida, y los consolidaba en la fidelidad.

Igual puede suceder hoy cuando una comunidad de fe se reúne para volver a hacer y decir lo que entonces se dijo y se hizo, cuando se esfuerza por revivir lo que entonces se vivió, y consigue así franquear los siglos y alcanzar a hacerse actual lo que para ella es el acontecimiento capital de la historia de los hombres. *Como en los primeros tiempos, una comunidad de fe actual sólo puede hacer esto en el marco de su propio universo mental*, tan diferente del de las primeras generaciones de creyentes por sus conocimientos de todo tipo acerca del hombre y del mundo, y por los horizontes que estos conocimientos hacen entrever, y que son de una magnitud sin proporción con los de los comienzos de la era cristiana. *No hacerlo en este marco sería incumplir algo estrictamente necesario, un deber y una responsabilidad ineluctables* pues, de lo contrario, esta comunidad, incluso bajo la moción de Dios, no podría acceder, tanto como sería posible y aun necesario, a la intelección de lo que pasó verdaderamente en aquella hora, solemne entre todas; solemne por lo que se terminaba y se consumaba en lo secreto, así como por lo que se anunciaba y se fraguaba oscuramente a través de una elevación y de una tragedia que agotaron hasta el fin (por desposarla completamente) la grandeza posible del hombre y de su destino, así como la grandeza de Dios y de su acción en el Mundo.

Gracias a la profundidad humana y a la potencia de la fe de sus miembros, esta comunidad, cuando se reúne «en su nombre», vuelve a encontrar la presencia prometida *justo en el mismo movimiento que*

*le hace desearla y responder a ella; y recibe el fruto de dicha presencia justo en el mismo movimiento que le hace comulgar con ella. La eficacia de esta presencia se ajusta a la talla de la realidad espiritual de los miembros de la comunidad de fe, sin ser sólo su consecuencia. Importa afirmar que la medida de lo que los cristianos reciben íntimamente de la renovación de la Cena se ve más en la profundidad humana y en la fe de éstos, inseparables de las de la comunidad, que en su moralidad, evidentemente necesaria pero sobre la que se ha insistido casi siempre en exclusiva. Hoy, lo mismo que al comienzo (y las crónicas, por desgracia, no hacen sino corroborarlo reiteradamente), hay que afirmar que una comunidad de fe sólo puede subsistir en su nivel propio, desarrollarse en su línea fundamental e irradiar la luz que penetra y que apela en profundidad, *si se aplica especialmente a la renovación de la Cena conforme al espíritu que presidió los últimos instantes de Jesús con los suyos, gracias a un nivel humano suficientemente elevado y a la fe de sus miembros.**

Desde hace demasiado tiempo, casi desde los orígenes, la misa («la celebración de los misterios»), *por más que se la relacione con la muerte de Jesús y con el sacrificio de su vida por fidelidad a su misión, se concibe, sobre todo, dentro de una perspectiva principalmente teológica, heredera de la idea de sacrificio ritual que imperaba en Israel*, a la que las Epístolas y los textos litúrgicos de los Evangelios hacen eco de forma importante. Sólo un culto semejante era posible entonces pues se adecuaba a las costumbres religiosas de los judíos y de los paganos. Y, si luego se perpetuó a través de los siglos, fue por el respaldo del origen casi divino que, a todos los usos litúrgicos de las primeras comunidades, se les atribuyó sin distinciones ni matices.

Poco a poco, sin embargo, este culto fue perdiendo la adecuación que lo hacía espiritualmente fecundo en un primer nivel. Los hombres evolucionaron *bajo la presión de los siglos; presión de la que Dios no es ajeno*. Actualmente, los hombres, incluso si son religiosos por sus disposiciones íntimas y por sus recursos personales, ya no se sienten llamados a las formas de piedad de antes, ni éstas los alimentan como antes. En lugar de hacer de la misa el centro de su vida, los cristianos ven en ella la acción sagrada central de una religión establecida por decreto, por una autoridad que reclama para sí ser de Dios.

Entonces, los cristianos, a los que nadie ha llamado a enraizar la renovación de la Cena en la trama misma de su existencia pues sólo

se les obliga a asistir a la misa dominical por obediencia, se vinculan a dicha práctica *más por sentimentalidad devota y por respeto supersticioso que por vitalidad humana e inteligencia espiritual*. Nadie se ha esforzado en hacerles descubrir la fe y el fervor a los que dan forma esta vitalidad y esta inteligencia; y que les permitiría entrar, a su manera y conforme a sus posibilidades personales, en el misterio de la vida y de la muerte de Jesús. La desaparición del clima social de tipo sacral propio de la cristiandad ha ocasionado que, en estos tiempos nuestros de rápida transformación, se produzca una grave desafección hacia la misa, disimulada apenas por una asistencia de disciplina y de conservación, que aún persiste en parte.

Sin embargo, los cristianos, en su conjunto, tendrían que poder alcanzar la profundidad humana que les permitiera reunirse en nombre de Jesús igual que los discípulos de los primeros tiempos; y hacerlo con la fe que éstos recibieron en su profundidad a través del contacto con Jesús; fe que luego desarrollaron, por su fidelidad después de su muerte, y de la que vivieron después con todo su ser. Los cristianos podrían ahora a partir de una progresiva toma de conciencia de la condición del hombre, unida a una primera emancipación de las supersticiones instintivas y populares (siempre dispuestas a reactivarse sin embargo), y dada una primera liberación de los espejismos sociales y políticos, tan rápidamente desvanecidos como siempre prestos a volverse a formar, pese a todo.

La Cena en la comunidad de fe en Jesús

Al contrario del culto que ocupa un lugar central en el conjunto de las religiones, y en el que el ceremonial, bajo todas sus formas, adquiere una importancia capital y requiere una orquestación afectiva e intelectual considerables, además de suponer, por definición, una asistencia numerosa, *las «celebraciones domésticas» de las comunidades de fe, con su pobreza de medios de su expresión litúrgica y el número reducido de sus participantes, son especialmente aptas para la renovación de la Cena en un espíritu parecido al que animó a esta renovación durante lo primerísimos años posteriores a la muerte de Jesús* ⁽⁸⁾.

⁽⁸⁾ Hay que reconocer que, como reacción contra el formalismo y el carácter exageradamente ritual de las misas, las primeras celebraciones domésticas no revistieron, en ocasiones, la hondura espiritual y el respeto de todo punto necesarios. A veces influ-

Dentro de su sobriedad, estas celebraciones domésticas pueden *concentrarse por entero en la memoria de aquella cena última*, inseparable de todo lo que la preparó y que ella concluyó, así como de todo lo que vino después y que ella anunció:

... los meses de esperanzas, de luchas, de sufrimientos y de pasiones, meses felices y densos, ardientes y peligrosos, creadores, paso a paso, de una vida y de un mensaje cuya profundidad y cuya necesidad ineluctable todavía no han llegado a calibrar los siglos posteriores, aunque a primera vista ambas parecen proceder de la utopía «cuando se conoce a los hombres».

yó en este fallo esporádico un clima un tanto bohemio, así como imitar al pie de la letra y a ultranza el modelo de la «comida de amigos» o de la «fiesta». Estos excesos no eran, sin embargo, nuevos en el cristianismo, pues haberlos, los hubo ya incluso al comienzo. *Otros abusos ha habido*, además, a los que, por no ser tan llamativos, no se les ha prestado tanta atención pese a estar muy generalizados y ser igualmente aberrantes. Entre ellos, podemos citar el de la “reserva eucarística”, que tiende a falsear el sentido de la misa, que no es en absoluto un proceso de fabricación del sacramento principal de la “presencia real de Cristo”; y también el de la comunión de los fieles fuera de la misa, que a veces se ha generalizado como una costumbre. Ambos usos sólo deberían darse en casos urgentes o extraordinarios. Con todo, como ocurre con cualquier exceso que es una reacción frente a una rutina, las formas de abuso recientes, ciertamente inconvenientes, pronto desaparecieron, bien porque los cristianos que se dejaron llevar por ellas durante un tiempo las abandonaron, bien porque ellos son los que han abandonado ya, rápidamente, toda actividad religiosa.

Las celebraciones domésticas, cuando una comunidad de creyentes estable y de talla humana las vive de forma regular y con suficiente frecuencia, con lo cual sus miembros se conocen en un clima fraterno, son un progreso indudable respecto de las misas parroquiales, a pesar de que en éstas se prodiguen los esfuerzos por mejorar la participación. Las celebraciones domésticas preparan el renacimiento espiritual que necesita la Iglesia para ser digna de su misión. Le abren el camino. Sin embargo, las expresiones, a veces espontáneas, que adopta la plegaria, deberían ser de extrema sobriedad. *La discreción es una cualidad distintiva de la vida espiritual* a la que no pueden inflamar indebidamente movimientos no dominados de afectividad, de alarde y de desahogo. *El recogimiento y el silencio plenos son más adecuados, al espíritu de la liturgia de la renovación de la Cena, que las plegarias improvisadas*. Obviamente, esta sobriedad necesaria excluye asimismo los «sermones» que tienden a multiplicarse antes de cada oración.

Cuando los chicos de una edad suficiente participan en estas celebraciones domésticas, reciben, en los intercambios sobre los textos litúrgicos, una formación religiosa irremplazable que no les pueden dar ni la familia ni las catequesis mejor lle-

... el tiempo singular, inmediatamente posterior a la muerte de Jesús, con los carismas de la resurrección: las visiones, los sueños arraigados en la fe, expresiones adecuadas de lo que los hombres vivían en profundidad y eran capaces de pensar explícitamente, sobre lo cual podían confortar su fe, expresarla a través de todo ello convenientemente y comunicarla eficazmente a su alrededor.

... la explosión espiritual de Pentecostés: los dones de todo tipo, justo lo que entonces necesitaban las iglesias para constituirse a partir de los medios y de las posibilidades de sus miembros, a fin de dominar las dificultades internas y externas, y perseverar e irradiar.

... la exaltación de Jesús, su retorno glorioso, perceptible en una acción que, desde hace veinte siglos, *se manifiesta secreta y continuamente a través de algunos discípulos*, a pesar de los pesados lastres del gran número y de las defecciones y las traiciones pues, ¿a cuántos creyentes no paralizaron y sedujeron los prejuicios y prestigios de todo tipo, la zarabanda de las construcciones intelectuales y los espejismos de los sistemas de pensamiento, la fascinación del poder social y político, o la seducción de los «poderes religiosos», aún más sutil? *Y, sin embargo, pese a todo, en cada generación, algunos hombres nacen con un nacimiento nuevo*, pasan el umbral de la vida espiritual y de la fe, y llegan a ser «hijos de Dios, coherederos de Jesús»...

La comunidad de fe y la parroquia

Las eucaristías domésticas, celebradas con la simplicidad de la vida cotidiana, justo allí donde viven los miembros de una comunidad de fe, posibilitarán que éstos lleguen a ser discípulos dignos de su Maestro sin dejar de ser plenamente gente de su medio y de su tiempo. Harán posible, además, alguna celebración más numerosa, en la medida en que la parroquia sea, de alguna forma, la *federación local de las comunidades*. Esta celebración más numerosa, mediante un ofi-

vadas. El padre y la madre no están en la mejor situación para dar, directa y explícitamente, esta formación a sus hijos; y lo mismo ninguna forma de escolarización. Ciertamente, el clima familiar es de suma importancia para el futuro religioso del chico, aunque no se vea en el presente. Es una herencia que se remite a un término más lejano. En cambio, el joven, sobre la marcha, puede que haga más caso a algunos de los adultos que conoce y que frecuenta en la comunidad de fe, y esto puede introducirle mejor que nada en una religión que sea ya personal.

cio más solemne, debería servir para dar a la fe un suplemento de representación, imagen de la vasta comunión que constituye lo esencial de la Iglesia; comunión que no sólo abarca el Mundo de ese mismo momento, sino el del resto de los siglos; un culto donde un cierto hieratismo tiene un sentido no sólo por el respeto de las formas y las rúbricas, sino porque ayuda a que el cristiano comulgue con las generaciones pasadas y sus tradiciones, y herede de su piedad pues, a pesar de las distancias de todo tipo que lo separan de ellas, desciende de ellas.

Estas comunidades de fe de ningún modo deberían sentirse como cuerpos extraños ni en la Iglesia institucional ni en las parroquias en la medida en que sus miembros, *conscientes de ser discípulos de Jesús y no sólo adeptos de una confesión ideológica, sean conscientes asimismo de lo que le deben a la Iglesia actual*, heredera y continuadora de la del pasado, *sin la que ellos no serían lo que son*; y, además, se esfuercen en entrever lo que Jesús deseó para los suyos y éstos comprendieron a su manera y realizaron como pudieron cuando fundaron las primeras iglesias.

No es que en general la tentación insensata actual de segregación se evite del todo de este modo pues, si no se está atento, *es difícil que la fe no derive ni se degrade en adhesión a una manera de creer sólo intelectual o afectiva*. La Autoridad eclesiástica, por su parte, favorece, incluso involuntariamente, esta tendencia centrífuga cuando, ante las comunidades domésticas, mantiene una actitud escéptica y de reserva, que roza la reprobación y la censura. Para que los cristianos dominen esta tendencia nefasta, centrífuga en unos y de censura en otros, es esencial que al fin descubran, unos y otros, *la realidad concreta* de la Iglesia, sobre todo aquellos a los que sólo se les ha enseñado lo que ésta era en la doctrina, según los «planes de Dios». *Su ignorancia en este campo es inmensa*, de la misma magnitud que la falta de formación y de interioridad que ha llevado a muchos a una práctica sólo colectiva y disciplinar de una religión que, por el contrario, debe ser *esencialmente personal y de libertad*, lo cual es su originalidad fundamental.

El trabajo de formación intelectual y espiritual en la comunidad de fe

Ésta es la razón por la que es importante que los cristianos, *junto a la celebración de la Cena*, que es la clave de bóveda de la comunidad, se entreguen a *un estudio suficientemente ilustrado y penetrante de la his-*

toria de la Iglesia, en un clima religioso sin embargo, y, por tanto, no motivado por el gusto de acumular conocimientos sino por el hecho de que la cuestión les atañe e interesa vital y profundamente. En la actualidad, para ser discípulo y no sólo creyente por inercia y por rutina (algo que será cada vez más raro después de todo), un hombre de cultura media, sin necesidad de haber cursado estudios más avanzados, necesita tener una visión suficientemente seria, y no sólo apoloética, sobre la elaboración de las Escrituras a las que la Iglesia siempre se ha remitido, y sobre la formación de las primeras comunidades en las que, muy rápidamente, se constituyó lo esencial de la Institución.

También es muy importante que este cristiano conozca, sin necesidad de recorrer con detalle toda la historia de la Institución ni sus desarrollos y avatares a través de los siglos, *lo que pasó en los últimos cien años, pues ahí es donde se concentran y entrelazan todos los elementos acumulados durante siglos*, muchos de ellos consecuencia de sus deficiencias, que han causado la enorme crisis que la Iglesia está atravesando ahora. Tales estudios, hechos con seriedad pero con un espíritu completamente distinto al que se someten los especialistas de la exégesis, la historia o la sociología con razón, son necesarios para completar la formación moral y doctrinal, sobre la que normalmente se insiste de forma exclusiva en las instrucciones catequéticas y en los sermones que, sin dichos estudios, resultan insuficientes por carecer de sentido histórico.

La misma formación moral y doctrinal no puede ser sólo objeto de una imposición autoritaria. La Iglesia debe esforzarse en ayudar a descubrir el fundamento humano de la moral, así como su génesis a través de la historia de la doctrina. Así es como aparece la verdadera significación, el alcance concreto y actual de su enseñanza y disciplina, que a menudo lo vetusto de la formulación disimula, y que el peso de los usos del pasado lleva a desconocer ya que estos usos modificaron gravemente e incluso a veces anulaban dicha significación y alcance. Importa sobremanera además que cada uno descubra, para su propio uso y perseverancia, mediante una actividad personal que ni la obediencia ni la docilidad pueden remplazar, la razón de ser y la conveniencia de la moral y de la doctrina de la Iglesia.

Es capital comprender bien el modo de la acción de Dios en el Mundo, sobre todo en el frente avanzado donde se inician los progresos de la vida

espiritual, y, particularmente, en lo que la Iglesia denomina la Revelación, *de la que la persona y la vida de Jesús, más que el mensaje evangélico, son la piedra angular y, más aún, la clave de bóveda*. Acción real pero indirecta, sin duda escondida, de una discreción a la medida de la fidelidad que ella exige para no ser traicionada sino puesta al día, comprendida y explicitada a su nivel, tanto como lo permiten las posibilidades generales del momento; acción continua, que procede mediante una sucesión perseverante de toques y de impulsos, todos ellos demasiado interiores como para discernirlos desde fuera y reconocerlos de entrada con autoridad, y que proceden de la fe así como de la atención e inteligencia íntimas; acción continua, que promueve una sucesión, de ritmo irregular e imprevisible, de *exigencias personales y de emergencias a la conciencia clara* en bastantes que, más que agentes, son sujetos de dicha acción; todos ellos, advenimientos a menudo contemporáneos y convergentes, y, sin embargo, radicalmente independientes unos de otros.

Hay que llegar a comprender qué fervor y qué fe animaban a los evangelistas y a los apóstoles, sin ignorar la complejidad y la ambigüedad de la formación de las Escrituras y de la fundación de la Iglesia. Si adquirimos el sentido de un empuje y de una llamada tan secretos pero tan activos, continuamente enfrentados a las inercias, los lastres y las desviaciones humanas pero sin cesar retomados, no caeremos en la tentación de una certeza y de una seguridad demasiado amadas por sí mismas; ni simplificaremos la acción de Dios de forma exagerada, hasta el punto de negarla donde opera verdaderamente pero de una forma diferente a la que imaginamos; ni seremos sordos a ella en el momento en que llame y nos requiera. Aparente fruto de la fe, *esta forma paradójica de negar la acción de Dios*, aún muy corriente, permite que hagamos, de las Escrituras y de la Institución, unas realizaciones tan pura y exclusivamente divinas que se convierten en *ídolos que distraen de Dios* y conducen a callejones sin salida. Tal es el caso de la lectura fundamentalista de los textos sagrados, o el de la obediencia interior incondicional a una autoridad que se impone en nombre de una infalibilidad divina. Son idolatrías y desviaciones de las que *el Mundo moderno sólo sabe liberarse dejándose llevar y negando lo que hay de valor indudable en dichas Escrituras y en dicha Institución*, pero que muchas veces se ha deformado y otras se ha traicionado por sacralizar, equivocadamente, la letra de las Escrituras,

las decisiones de la Institución y la totalidad de las motivaciones que están en su origen.

Por otra parte, gracias a esta inteligencia espiritual de la acción de Dios en el mundo, podremos lograr asimismo *cierta capacidad de descifrar los signos de estos tiempos* en los que, bajo los escombros de ayer, despuntan los primeros brotes de la Iglesia de mañana. Sólo así podremos colaborar útilmente en este renacimiento y nuevo nacimiento.

También es fundamental comprender bien *la naturaleza de la unidad* de la Iglesia, que ésta debe inventar a partir de la extrema diversidad de los hombres, y también desarrollar según su cualidad propia, a través de tiempos y lugares, vista la continua transformación de las sociedades. Esta unidad es radicalmente diferente de la que es condición de posibilidad de cualquier otro colectivo. Hace falta mucha fe y mucho coraje para reconocer la originalidad de fondo de esta unidad; más cuanto mayores son las responsabilidades que se tienen en la Iglesia.

Entrever esta unidad de orden espiritual, que depende específicamente de la fe en Jesús y no de una política determinada, ni siquiera divinamente inspirada, pasa por mirar de descubrirla a través de la relativa heterogeneidad de las iglesias apostólicas, a través de sus orientaciones doctrinales, diferentes y en cierto modo complementarias si no se llevan hasta el extremo (orientaciones que distinguen y que llegan a oponer entre sí a las comunidades fundadas por Pedro, Santiago, Pablo y Juan); y también, por último, a través de las controversias y polémicas, no demasiado educadas ni caritativas, que reflejan las Epístolas, los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis, más algunas insistencias y omisiones de los Evangelios.

Tampoco hay que ignorar la multiplicidad y variedad de las tentativas de explicitar doctrinalmente a Jesús; sistematizaciones intelectuales enfrentadas a la concepción monoteísta de Israel pero también a la idea normalmente muy «extrinsecista» que Israel se hacía de la trascendencia divina; construcciones ideológicas requeridas por las gnosis filosóficas y las religiones místicas de aquella época, que también inspiraron sus expresiones, si no sedujeron su fondo. *Esta multiplicidad y variedad es señal de la vitalidad* de las iglesias de los

orígenes, de la potencia del fermento que las trabajaba, y no del caos al que, «gracias a Dios», una autoridad suficientemente fuerte y centralizada en Roma habría logrado poner remedio al reducirlo a una ortodoxia.

A través de todas estas visiones sobre la historia de los orígenes del cristianismo, podemos captar el sentido de la unidad de fe, propia de la Iglesia, y *reconocer la totalidad orgánica de ésta más allá de la diversidad de las doctrinas y a través de la multiplicidad de las comunidades*; diversidad y multiplicidad que parecen condenar a la Iglesia a la dispersión y al desparramamiento a los ojos de quienes no creen bastante en la acción de Dios en los cristianos y ponen su esperanza sólo en la eficacia del ejercicio de la autoridad. *La universalidad de la Iglesia es incompatible con una dominación de tipo secular sobre los corazones y las mentes*. Si, por algún tipo de tiranía política, esta dominación se diese de forma duradera, comportaría la mutilación de las posibilidades espirituales de los hombres y el abandono de las profundidades humanas, que se dejarían en barbecho; *por lo que dicha dominación obraría a favor del fracaso de Dios*.

En fin, para comprender bien no sólo la razones próximas de la crisis actual de la Iglesia sino también las que, desde hace tiempo, influyen en la desafección del Mundo, que no vale atribuir únicamente a los pecados de los hombres, *hay que conocer las luchas, a menudo dramáticas, de la época del modernismo de finales del siglo XIX y comienzos del XX*. Hay que informarse de los sufrimientos y humillaciones que se infligieron a algunos cristianos de entre los mejores o, en todo caso, de entre los más lúcidos y valientes. Ciertamente, estos hombres se equivocaron a veces en su manera de ver las cosas o de comportarse; lo cual, además de humano, es casi inevitable en medio de la exasperación de las controversias que endurecen las posiciones y exacerban los enfrentamientos.

La Iglesia oficial organizó posteriormente, además, un verdadero apagón informativo (*black-out*) para dejar a los cristianos de hoy sin memoria, en la ignorancia de las costumbres untuosamente policíacas y brutalmente eclesiásticas que se dieron en aquella época de una crisis que, según decían, sólo afectaba a algunas ovejas descarriadas, a algunos intelectuales que «siguen sus propias apetencias y están ávidos de lo que adule a sus oídos». Aquellos cristianos fueron derrota-

dos, fueron expulsados o puestos a la sombra, y la consecuencia es que la Iglesia *se encuentra hoy en un profundo desconcierto intelectual que llega a minar la fe de muchos*, incluso si no quieren reconocerlo.

Con todo, si la Iglesia, aun sin reconocerlo ni confesarlo, comenzó, hace cincuenta años, a tomar conciencia de sus errores y de sus desviaciones pasadas, fue, precisamente, *gracias a estos creyentes que tomaron sobre sí, como su misión, consagrarse a esta esencial tarea crítica*. A partir del Vaticano II, la Iglesia ha cambiado más, en sus maneras de comportarse e incluso de enseñar, que durante un número importante de siglos, y esto pese a que la mutación que urgentemente necesita no está todavía en marcha (antes al contrario) al final del pontificado actual ⁽⁹⁾.

Hay que heredar el valor y la fe de aquellos hombres *cuya pasión era la integridad intelectual*; integridad que no creyeron que fuese incompatible con la fe sino que comprendieron que la misma fe era la que la exigía, para ser real. Hay que seguir los pasos de aquellos que no desesperaron de la Iglesia para poderse contar uno entre los obreros útiles de los tiempos por venir, de los que ella saldrá, además, purificada y victoriosa de las aparentes victorias que creyó conseguir reduciendo a la impotencia a un gran número de sus mejores servidores ⁽¹⁰⁾.

Los cristianos necesitarán mucho *valor y tenacidad* para consagrarse a tales estudios a lo largo de la vida, lo cual incluye reflexionar y meditar a la luz de una honda experiencia de hombre, necesaria para que dicho estudio sea útil. Incluso si se reconoce lo provechoso de este esfuerzo, la mayoría carece de la fuerza de entregarse individualmente a él con perseverancia y de por vida. *También por esto es imprescindible pertenecer a una comunidad*.

Pertenecer a una comunidad de fe es exigente

No obstante, la comunidad de fe sólo será verdaderamente eficaz para sus miembros, tanto en el plano de su cultura religiosa como de

⁽⁹⁾ [N. del E.] Como este texto es de antes de 1975, Légaut no se refiere aquí al pontificado de Juan Pablo II, como pudiera parecer, sino al de Pablo VI.

⁽¹⁰⁾ Ver: Anexo sobre la crisis modernista. [Traducción en: *Cuadernos de la diáspora* 18, Madrid, AML, 2006, p. 33-42.]

su interioridad y de su vida de fe, si éstos se obligan a formar parte de ella de forma estable y a reunirse con suficiente frecuencia.

Esta estabilidad y frecuencia son hoy dos condiciones particularmente exigentes dado que la sociedad industrial y urbana es totalmente desfavorable por la movilidad y actividad extremas que impone. Esta estabilidad y esta frecuencia sólo se pueden mantener si se reconoce la necesidad imperiosa de la comunidad para ser cristiano, y si se es capaz, gracias a una imaginación y determinación muy personales, de los *sacrificios importantes* que ambas exigen: sacrificio de situaciones sociales mejores, sacrificio de otras ocupaciones interesantes y útiles, de distracciones merecidas y educativas, de vacaciones agradables e instructivas; sacrificio, en fin, de una cierta intimidad familiar (algo que cada cual debe medir en conciencia, sobre todo respecto de los hijos).

Antes de que estas comunidades pasen, de manera suficientemente generalizada, a ser habituales en el cristianismo (cosa que tardará en suceder, y no será sin superar antes la reticencia de los adultos instalados en la vida y lastrados por la experiencia), *hará falta mucho carácter, así como una fe muy arraigada, para perseverar en esta vía* que en seguida a muchos les parecerá utópica, a pesar del atractivo que tiene y que los jóvenes captan al comienzo. Por eso los escépticos, más que en su necesidad imperiosa y en su fecundidad irremplazable, insistirán en sus peligros (espíritu de secta, de capilla cerrada sobre sí, de torre de marfil elitista).

Las parroquias actuales, aunque se renueven de forma inteligente, no pueden asegurar el futuro de la Iglesia. Lo más que pueden hacer es retardar y desacelerar la regresión religiosa. Pero se engaña quien espere más de ellas. *El futuro depende esencialmente de la multiplicación de las comunidades de fe* que, lejos de competir con las parroquias, las lleven a su transformación. *Tal debe ser la razón suficiente de que un cristiano se decida a afrontar los sacrificios que impone la fundación de estas comunidades y sobre todo su perseverancia.* Estos sacrificios, que sin duda pesarán gravemente sobre su forma de vivir, también le ayudarán a encontrar su misión, sin la que sus días estarían condenados a transcurrir en medio de un cierto vacío, y a revelarse en su nada al cabo de los años.

Este cristiano, si se adentra por este camino, estará en la línea de las generaciones de creyentes que mantuvieron a la Iglesia, durante los

primeros siglos, al precio de sus sufrimientos, incluido el martirio, y en medio de persecuciones cuya potencia hubiera debido destruir de cuajo el cristianismo, tal como ocurrió de hecho en bastantes regiones. La amenaza de hoy es también decisiva, e incluso superior de cara al futuro, dada la repercusión global de todo hoy en día. La misma existencia de la Iglesia, más allá de una supervivencia marginal y folklórica, *descansa, única y exclusivamente, en sus miembros, en su fidelidad en la fe en Jesús*; fidelidad tan exigente como antaño, a pesar de que debe ejercerse de otro modo ⁽¹⁾.

II

Originalidad existencial de la comunidad de fe en Jesús

La comunidad de fe en Jesús se injerta en la comunión que los hombres descubren entre sí cuando toman conciencia suficiente de su condición; condición común a todos, que trasciende la simple semejanza de educación, cultura, profesión o medios económicos. Esta comunidad, por la fe de sus miembros en Jesús, exige más que la adhesión a una cristología intelectual y afectiva, de tradición o de disciplina, y pertenece a un nivel de ser específico que es eco debilitado pero real, a través de los siglos, de la comunidad que se constituyó en torno a Jesús antes de que éste fuera arrebatado de entre los suyos. *La comunidad de fe trasciende cualquier otro grupo, del mismo modo que el movimiento de fe trasciende la afirmación de las creencias.*

Esta diferencia de orden se manifiesta, de forma existencial, por el modo de concebir, la comunidad de fe en cuanto tal, su unidad, así como la forma de llegar a ella. El fundamento de esta unidad es en esencia la fidelidad de sus miembros que les hace ser discípulos de Jesús cada uno a su manera; y no, una formulación idéntica que unánimamente dieran a sus creencias. Las fidelidades íntimas de los miembros de una comunidad de fe no llevan a éstos a una coincidencia en la formulación (coincidencia que, de suyo, sería más aparente que real y más superficial que profunda), sino que promueven en ellos aproxi-

⁽¹⁾ [N. del E.] Fin de lo editado en el *Cuaderno* 15.

maciones y convergencias acerca de lo que fue Jesús; aproximaciones y convergencias que se ayudan mutuamente, sin forzarse en absoluto desde fuera, a alcanzar sus propias dimensiones, cada uno las suyas. En lo esencial, estas aproximaciones y convergencias son fruto del descubrimiento personal y original de Jesús, parecido al que hicieron vigorosamente, aunque más bien inconscientemente, cada uno de los discípulos que permanecieron con él hasta su muerte.

Por eso esta unidad no es una consecuencia buscada sistemáticamente, como una uniformidad impuesta desde fuera. Se ajusta a la diversidad fundamental de los miembros de la comunidad de fe. Es más, *no puede menos que llamar a esta diversidad que la fidelidad de cada miembro fomenta*; diversidad que se va precisando e intensificando poco a poco, con el desarrollo de la cultura y de los recursos humanos, así como por el modo de progresar en la inteligencia de Jesús y la manera de conformarse uno mismo según su espíritu.

Gracias a esta unidad, merecida por la fidelidad de cada uno de sus miembros a la acción de Dios, la comunidad de fe está de algún modo «constituida en el ser». Si se sigue y se capta desde el interior la historia de este comunidad, ésta se revela de una consistencia y permanencia reales, a pesar de cambios e incluso mutaciones, de crisis y de eclipses a veces largos.

La *presencia* de estas comunidades puede parecer excepcional, casi insólita. Cuando una de estas comunidades llega a nacer, parece ineluctablemente condenada a un final próximo, que sucederá en cuanto los acontecimientos estén en su contra. ¿Cómo no iba a estar infaliblemente abocada, además, a la dispersión y a la disolución, dadas las tendencias cambiantes y centrífugas de los hombres?

Sin embargo, *su presencia en el mundo está fundamentalmente asegurada mientras dichas comunidades surjan de lo esencial del hombre, y responden y se ajusten a ello*. De hecho, esta presencia se perpetúa. Mientras algunas comunidades desaparecen por no responder sus miembros con suficiente fidelidad y tenacidad a los beneficios recibidos de ellas

(beneficios que son asimismo llamadas que ellas les dirigen), otras nacen y adoptan nuevas formas cuando es necesario.

La presencia de estas comunidades no está en su poder ni es sólo consecuencia de la voluntad del hombre, ni de su necesidad de agruparse y de organizarse políticamente. «*Las puertas del infierno no prevalecerán*» contra la presencia en el Mundo de estas comunidades pues siempre, en cada generación, algunos hombres en vías de ser discípulos se levantarán y se dispondrán a asegurar la perpetuidad de las mismas.

La *diferencia de orden* entre la unidad de una comunidad de fe y la de cualquier otro tipo de grupo humano se manifiesta además en otro elemento. *La comunidad de fe en Jesús no lleva en sí germen alguno de sectarismo en la medida en que la adhesión a una doctrina no es su razón de ser* si bien, en la práctica, tanto una adhesión de este tipo, más o menos consciente y secretamente subyacente, como una cierta conformidad con una mentalidad fundamental son consecuencias normales de su existencia y condiciones propicias además para su nacimiento.

También en esto se diferencia radicalmente la comunidad de fe de otros grupos religiosos que, por el hecho de fundarse en la uniformidad de creencias y de disciplina, en la que también realizan su unidad, tienden siempre a oponerse y a combatirse unos a otros. ¡Cuántos justifican su intolerancia con su preocupación de unidad y de pureza doctrinal. Cuántos consolidan su existencia y se esfuerzan en sobrevivir multiplicando las creencias y las devociones, acentuando su carácter extremo y casi esotérico; medidas todas ellas que encierran a estos grupos en un caparazón y fomentan sus tendencias sectarias!

Por confundir muy pronto la fe con la adhesión a la doctrina, el cristianismo, desde hace veinte siglos, ha conocido una multiplicidad de Iglesias que competían entre sí, y una proliferación de sectas, visibles o invisibles en cada una de ellas, así como un sin fin de *luchas inexpiables, que lo han deshonrado*.

También la comunidad de fe es la única que sabe abrirse a *la universalidad presente en la humanidad de Jesús*, que los cristianos deben descubrir para llegar a ser sus discípulos y creer que él es «de Dios»,

tal como los suyos llegaron a comprender, siempre según la mentalidad de su tiempo. Cualquier otra colectividad fundada sobre creencias no puede sino limitar esta universalidad a su propio horizonte mental. Por eso una colectividad de este tipo tergiversa radicalmente su noción de Dios y su concepción de Jesús, aun sin ser éstas falsas en sí mismas y resultar relativamente útiles en la práctica.

Por eso la Iglesia, en su parte más eminente, es *la comunidad de las comunidades de fe*. Su unidad verdadera, aquella que le corresponde, es totalmente diferente de la unidad organizada e impuesta, como la de una nación. Sin exigir la inmutabilidad de la Institución, que más bien puede que haya que modificar de forma considerable para asegurar la Misión, esta unidad hará que la Iglesia, cuando la realice, llegue a su universalidad, muy diferente de una dominación generalizada sobre los espíritus y los corazones. *La unidad y la universalidad hacia las que la Iglesia, de algún modo nacida de Dios, debe esforzarse en ir, son del ser mismo de Dios*. Se alcanzarán sólo gracias a su fidelidad y a la acción de Dios en ella por la mediación de sus miembros.

Tras veinte siglos, no puede decirse, sin embargo, que la Iglesia haya conseguido alcanzar ni una ni otra, y ni siquiera concebirlas en su cualidad singular. Tampoco su presencia en el Mundo tiene, ni de lejos, la irradiación que éste necesita con urgencia para desarrollarse o simplemente para subsistir en medio de los determinismos sociológicos que lo oprimen y ahogan. Por eso urge que la Iglesia oriente su esfuerzo hacia sus miembros. *Debería llamar, ya que no se trata de obligar, y debería ayudar indirectamente*, porque sólo ella puede hacerlo, a los cristianos, a alcanzar, según sus medios y a medida que éstos emerjan, *una interioridad real, una inteligencia de Jesús y una fe en él* que, indirectamente, permitan que ella acceda a la unidad y a la universalidad que la harían digna de él.

*Interdependencia entre el estado espiritual
de una comunidad de fe y el de sus miembros*

Ciertamente, hay una estrecha correlación entre el estado espiritual de la comunidad de fe y el de cada uno de sus miembros. Ambos

se mejoran juntos, cada uno según sus cadencias. Pero, por eso mismo, a la inversa, cuando la comunidad de fe se desnaturaliza y deja de ser de fe y se convierte en una colectividad cuyas creencias y comportamientos o bien degeneran en una cuestión de reglas o bien, aún peor, van a la deriva, *entonces ella arrastra a sus miembros al fracaso sin que éstos ni siquiera se den cuenta, a excepción de algunos de mayor vigor espiritual que sufren en silencio* y se aproximan de este modo a Jesús, y preparan así, además, en la oscuridad, el renacimiento de su comunidad o el nacimiento de otra.

Esta interdependencia, extrema sin ser absoluta, completamente diferente de una solidaridad intelectual y afectiva, de origen sociológico y también presente, se debe más al hecho de que la comunidad se arraiga en el fondo humano, del que cada uno de sus miembros es consciente por lo que vive de él, que al hecho de que todos ellos tienen juntos las mismas preocupaciones cotidianas. Con todo, el nivel espiritual propio de la comunidad y de sus miembros, aquél en el que la comunidad ejerce de un modo particular su acción por lo que ella es en sí misma, *es más especialmente consecuencia de la fe: Jesús es la clave de bóveda* de esta comunidad que, como cada uno de sus miembros, se eleva hacia él y se apoya en él.

Sin embargo, el nivel espiritual de la comunidad de fe no es sólo consecuencia del vigor interior de sus miembros ni de sus iniciativas de colaboración entre sí, en el orden espiritual. La presencia que Jesús prometió a los discípulos de todos los tiempos no es sólo consecuencia de su presencia en cada uno de ellos, aunque ésta sea necesaria para que ellos se reúnan en su nombre. Misteriosa realidad, de la que se tiene alguna experiencia en el plano humano en la medida en que la presencia de un verdadero creador tiene potencia para suscitar una comunidad en torno a él, en la que cada uno, cuando es testigo y no simple espectador de su acción creadora, se eleva por encima de sí mismo como no lo habría podido hacer solo ni con la sola ayuda, en condiciones ordinarias, de sus compañeros ⁽¹²⁾.

⁽¹²⁾ Ver *Cuadernos de la diáspora* 2, «Convertirse en discípulo», p. 51-54.

Esta presencia de Jesús, propia de la comunidad de fe en cuanto tal, se apoya necesariamente para nacer en la presencia íntima suya en cada miembro, y también así se amplifica, igual como el eco en la montaña, que se fortalece a través de los ecos que hace resonar en los valles. Las acciones comunitarias que se dirigen directamente a cada uno de sus miembros reciben de esta presencia una fuerza espiritual original. Gracias a esta presencia, estas acciones obran sobre los miembros de la comunidad en la medida en que éstos responden a ellas en el plano de la fe. Por su parte, la comunidad, en su realidad propia, recibe su propio beneficio de las acciones de sus miembros, en unión unos con otros, en el seno del grupo.

*Actividades de una comunidad de fe en Jesús injertada
en una comunidad de base propiamente humana*

Todo lo que atañe a los miembros de una comunidad de fe en su profundidad humana, nutre a ésta, y, además, por su intermediación, aporta, a cada uno de ellos, la posibilidad acrecentada de llevar eso mismo que le atañe, no sólo con honor, sino con la lucidez y la fuerza de la fe. Es lo que sucede normalmente entre quienes, sin haber llegado a una interioridad particular ni *a fortiori* al nivel de la fe, viven codo con codo una vida cotidiana y unas condiciones de trabajo parecidas, a lo largo de la vida. El nacimiento de los hijos, el matrimonio de los jóvenes, la enfermedad, la desgracia, la muerte en fin, todo es ocasión de que el grupo, que sin embargo está lejos de formar una comunidad de fe, alcance, por un momento, una consistencia que va unida a la toma de conciencia individual, a menudo oscura y pasajera, de la condición humana. La muerte de uno de ellos en particular, y muy especialmente el entierro que reúne a los vecinos del pueblo, es a menudo ocasión privilegiada de captar juntos su propia unidad, disimulada en tiempo ordinario por las preocupaciones de cada uno y por las cuestiones de interés general, así como también por las luchas políticas y los antagonismos de clase.

¡Cuánto más, en una comunidad de fe, estos acontecimientos tienen repercusiones de orden espiritual en la vitalidad de la misma;

y cuánto más, a la vez, gracias a la comunidad, estos acontecimientos repercuten en la vitalidad de sus miembros cuando éstos participan en dichos acontecimientos a través de ella, y no sólo individualmente, por una relación personal particular con ellos! *Una comunidad de fe en Jesús debe considerar primordial la actividad con la que acompaña y rodea todo lo que forma parte de la vida humana de sus miembros, independientemente de su acción en tanto que sociedad confesional, en tanto que célula de la Iglesia.*

El servicio de un único representante de la comunidad como su delegado no puede de ningún modo remplazar esta actividad comunitaria simplemente humana, pero humana en profundidad que exige una participación física y visible de la comunidad, una verdadera presencia de presencias, todas concertadas en lo íntimo de todos los miembros; algo muy diferente de una reunión cualquiera sólo convocada desde el exterior, como una manifestación simbólica a la que se asiste por costumbre, como las ceremonias a las que tienden todas las tradiciones en vías de degeneración.

Igual que toda fe verdadera se expresa en la práctica mediante la adhesión a determinadas creencias, sin que por ello esta fe se funde en dicha adhesión ni se confunda con ella, así también la comunidad de fe realiza determinadas actividades sociales sin que éstas agoten lo que ella es propiamente y sin que se deba sólo a ellas la razón de ser de su existencia y su fundamento. Son de este tipo de actividades: la formación intelectual y afectiva de quienes aspiran a entrar en la comunidad, cuyo fin es poder descubrir mejor la fe en Jesús y vivir de ella; el ingreso de éstos en la comunidad cuando alcanzan la fe; el reingreso en la misma cuando alguno se ha separado por alguna infidelidad que rompe la comunión en la fe; la preparación y el destino a los servicios necesarios de la comunidad.

Todo grupo constituido realiza *actividades* parecidas, cuya forma depende de la naturaleza particular del grupo. Las actividades de este tipo de la comunidad de fe, además de beneficiarse de las aportaciones intelectuales y afectivas de origen sociológico, consecuencia de las acti-

vidades realizadas por el grupo en este plano, tienen una *eficacia específica*, debida no sólo a la comunión en profundidad de la humanidad de sus miembros, sino asimismo a la fe de éstos en Jesús, que los une entre sí y con él, como antaño les pasó a los primeros discípulos.

Si Jesús es la piedra angular de la comunidad de fe, la celebración de la Cena (orientada totalmente hacia lo que Jesús vivió con los suyos antes de morir, centrada totalmente en la última noche con ellos, y en continuidad con lo que les manifestó acerca de su presencia invisible en medio de ellos cuando los hubiera dejado) constituye *el fundamento del conjunto de actividades que la fe de esta comunidad genera; y es, al mismo tiempo, la fuente de la eficacia de dichas actividades* tanto en los miembros que componen la comunidad como en la comunidad misma en cuanto tal, en su vitalidad e irradiación espirituales. Esta eficacia se manifiesta, por otra parte, en proporción con el estado espiritual de la comunidad, el modo como sus miembros realizan juntos estas acciones y la acogida que cada uno hace de las mismas; modo y acogida que dependen el uno del otro, y que están asimismo en estrecha conexión con la consistencia, la perduración y estado espiritual de la comunidad.

Los sacramentos

De entre todas estas actividades, especialmente después del Concilio de Trento, la Iglesia destacó varias, a las que llamó «sacramentos» y cuyas modalidades de administración y de recepción precisó detalladamente en dicho Concilio. Todavía hoy la Iglesia es dueña de estas actividades igual que lo fue de su estructura desde el inicio de su historia, en el tiempo en que los Apóstoles organizaron las Iglesias locales. Las modalidades de todas estas actividades dependen en gran medida, evidentemente, de la época, ya antigua, en que se promulgaron, así como de las condiciones que fueron su ocasión y en las que ulteriormente se aplicaron. Por eso mismo la Iglesia, en el transcurso de los siglos, debe modificarlas, cuando se lo pide su misión, de la que los sacramentos forman parte, junto con otras actividades, también importantes.

En la actualidad, estas modificaciones se imponen de modo especial, no sólo porque las condiciones sociológicas han cambiado bastante después de aquel Concilio, sino también, y sobre todo, porque la Iglesia, en aquella época y dado el estado de descomposición en el que se encontraba ya entonces, *omitió casi por completo insistir en el carácter comunitario de estas actividades*. Frente a la Reforma, la Iglesia de la Contrarreforma insistió sobre todo en los poderes institucionales que permitían ejercer estas actividades.

Esta insistencia en los poderes institucionales acentuó peligrosamente la tendencia, rápidamente nacida ya en el pasado, de hacer de la Iglesia una *hipóstasis cuasidivina*, cuya encarnación providencial y autosuficiente, para poder llevar a cabo su misión con exactitud, fue la Autoridad. *Tanto el desconocimiento de la realidad comunitaria de la Iglesia* como sus consecuencias llevaron al «sacramentalismo» en la práctica religiosa, que, junto con el «sobrenaturalismo» en la práctica doctrinal, son dos úlceras gemelas, de las más graves que la Iglesia ha sufrido y aún sufre hoy.

La desafección actual hacia los sacramentos es considerable. Incluso entre los cristianos practicantes se acelera de modo sintomático, sobre todo allí donde la disciplina y la «tradición» no son ya fundamento suficiente de la observancia religiosa. Esta desafección no se debe sólo a una disminución de la fe, sino que se debe fundamentalmente a la pérdida casi radical del significado y de la razón de ser de la comunidad cristiana local; pérdida que comenzó en tiempos muy lejanos.

Las parroquias, incluso en los mejores períodos de cristiandad, no fueron sino una *aproximación insuficiente* de lo que debe ser una comunidad, a semejanza, salvadas las distancias, de lo que vivieron Jesús y sus discípulos, o de lo que éstos conocieron tras la muerte del Maestro. Tal vez entonces no pudo ser de otro modo, pero, las parroquias, hoy aún rebosantes en las ciudades pero ya desiertas en los pueblos, no pueden ser ya la sociedad religiosa local que fueron, ni desempeñar la función que tuvieron.

La presencia física de la comunidad forma parte de los signos sacramentales, junto con la del ministro que detenta los poderes institucionales

La presencia física y la realidad humana de la comunidad forma parte de los signos sacramentales por la misma razón y a igual nivel que la presencia física y la realidad humana de los ministros que detentan los poderes institucionales. Así como la Iglesia es inseparablemente Comunión e Institución, *el ejercicio de los poderes institucionales no puede darse por separado ni puede dispensar de la actividad comunitaria* elevada al plano donde se sitúa la comunidad de fe.

Así como la Institución está al servicio de la Comunión, los poderes institucionales deben operar y los ministros servir en el interior de la acción comunitaria. Además, los que detentan los poderes ministeriales *deben ser miembros de la comunidad*, salvo excepción justificada por el ejercicio de la acción apostólica de la Iglesia; y deben participar en la vida de la misma tanto en lo que ésta tiene de comunidad de base humana como en lo que ella tiene de comunidad de fe en Jesús propiamente dicha. A pesar de la comunión que hay entre todos los cristianos, no conviene que, en tiempo ordinario, los que ejercen los poderes estén sólo de paso, o vengan de fuera, delegados por la sola iniciativa de la Autoridad, y escogidos por ella con independencia del modo de ser de la comunidad, de las condiciones de vida de la misma, que están en estrecha relación con las de sus miembros.

El ejercicio propio de los ministros se opera, en la acción sacramental, por su presencia más que por sus palabras y gestos que, de suyo, no tienen ningún poder. La presencia del ministro, unida a la de la comunidad y asistida por ella, aunque la suya no sea, en condiciones normales, una simple emanación de ésta, no puede ser real y verdadera si no es, además, *consecuencia* de la vida de este ministro en su comunidad. Esto es así del mismo modo que los ministros no pueden ser tales si la Institución no los ordena para ello de un modo u otro.

Por otro lado, quienes detentan estos poderes institucionales, para estar a la altura espiritual que conviene, *necesitan sentirse respaldados por el conjunto de la comunidad de los fieles*. Resulta cruelmente evidente, en la situación actual, tal como la experiencia lo demuestra, que *la perseverancia real y no sólo funcional del sacerdote es muy precaria si éste no está suficientemente vinculado a una comunidad de cristianos a la que se ofrece y de la que recibe*. ¿No será ésta la razón principal del abandono y dimisión de numerosos sacerdotes; o, aunque sólo sea, de su atonía espiritual (muy distinta del vigor con que respondieron a la llamada que escucharon al comienzo) cuando en las parroquias se encuentran como condenados a una existencia aislada que les exige una vocación incluso más singular que la de un cartujo?

En sentido contrario, no es menos frecuente, en estos tiempos de desasosiego y de descontento, ver a cristianos particularmente creyentes, que desean sincera y generosamente inspirarse en el espíritu del Evangelio, disolverse o enquistarse en el sectarismo ideológico, religioso o político, cuando se desafectan decididamente de la Institución por desesperar de ella o por imaginar, equivocadamente, que, situándose fuera es como pueden contribuir más a su reforma espiritual, mejor que si la llevaran y la soportaran íntimamente permaneciendo en su seno. ¿No es este camino la consecuencia, en estos creyentes, de un *desconocimiento de la naturaleza profunda de la Iglesia*, de la que nunca se les ha mostrado más que la Institución, sin ni siquiera haber tenido ni el cuidado ni el valor de liberar a ésta de lo que, a lo largo de los siglos, se le ha ido adhiriendo de feudal y de señorial, de político, de burocrático y de mundano?

Pero aún hay que añadir algo. Es normal que los poderes institucionales se transmitan y se perpetúen de forma institucional. Sin embargo, como estos poderes existen por la Comunión, que es lo esencial de la Iglesia, si bajo la violencia de una situación política o bajo el peso implacable de las consecuencias de ésta (eventualidad que de hecho ya se ha dado) esta transmisión fuera irrealizable o psicológicamente imposible para una comunidad particular, *ésta tendría derecho y sería incluso su deber atribuirse estos poderes* el tiempo que hiciera

falta ya que las actividades sacramentales son indispensables para su subsistencia en su nivel propio, al margen de mantener la intención de reinjertar nuevamente, en cuanto fuera política o psicológicamente posible, dichos poderes en la Institución. En este caso, la comunión de esta comunidad con la Iglesia se conservaría íntegra a pesar de que pudiera parecer que tal medida la separa. Esta comunidad, por el contrario, testimoniaría, con esta conducta suya, *un conocimiento profundo de qué es la Iglesia y de cuál debe ser su misión*. El hecho de que, en un país determinado, la comunidad haya mantenido viva la fe en Jesús y la haya cultivado durante largo tiempo, incluso a pesar de eventuales persecuciones en algunos casos, es un título de nobleza que hay que situar al nivel de “la sucesión apostólica”.

III

La existencia de la comunidad de fe y sus actividades son, al mismo tiempo, dones y llamadas de Dios

Todo don de Dios es en sí mismo llamada de Dios, y toda llamada de Dios es en sí misma don de Dios. La existencia de una comunidad de fe es don y llamada para sus miembros. Es don porque los creyentes acceden al plano de la comunión en la fe y a la capacidad de realizar esta comunión bajo la acción de la presencia de Jesús, en ellos y en medio de ellos, cuando se reúnen en su nombre y especialmente cuando renuevan la Cena. Es llamada no sólo por lo que los hombres reciben de su comunidad simplemente por formar parte de ella, sino también por las actividades que la comunidad despliega en favor de quienes la forman. Así sucede especialmente con los sacramentos, cada uno con sus particularidades y con sus condiciones de administrarse y de ser recibido. *Sin ser algo exclusivo de los sacramentos, éstos son don y llamada de Dios al mismo tiempo.*

Los signos que comporta necesariamente la acción sacramental, por ser ésta una actividad de la asamblea, *deben manifestar este don y esta llamada. Decir las fórmulas y hacer los gestos de la administración del sacra-*

mento bastan, de suyo, para manifestar «la donación del don»; donación que no depende de la realidad personal de quien administra el don (en el límite, una máquina puede distribuir el don; don no acogido personalmente sino simplemente recibido físicamente).

Significar «la llamada en tanto que llamada» es más exigente. Pide más que la producción de la materialidad de los gestos y que la pronunciación de la literalidad de las fórmulas. Para que la llamada se emita, puesto que no es expresable como tal con sólo fórmulas y gestos (llamada todavía ni entendida ni comprendida como llamada, sino sólo significada por medio de las fórmulas y los gestos), *es menester tanto la acción comunitaria como el ejercicio del poder institucional en un nivel en el que sean humanos.* Surgidos de presencias no sólo físicas sino personales, esta acción y este ejercicio alcanzan así cierta capacidad de significar propiamente la llamada, pues la llamada se desarrolla necesariamente en un plano humano que no se reduce a la sensación, la vista y la audición, sino que se sitúa más allá.

Esta acción comunitaria es, además, radicalmente diferente de una acción de grupo. La acción comunitaria está vinculada a la realidad espiritual de la comunidad en tanto que es comunidad de fe en Jesús; y, del mismo modo, el ejercicio del poder institucional depende estrechamente de lo que el ministro es personalmente ante Dios y dentro de la comunidad, así como del lugar de Dios y de la comunidad en su vida. Por eso, *del mismo modo que la acción comunitaria no es sólo un acto de administración, el ejercicio del poder sacramental no es sólo una función sino un ministerio, y el sujeto encargado no es sólo un funcionario a quien se puede revocar sino un ministro que, en caso de ser deficiente, se ve desposeído del ministerio aunque lo ejerza aún en el orden de la función.* El ministerio, al contrario de la función, está injertado, directa y necesariamente, en la persona del ministro sin ser por ello de su propiedad hasta el punto de poder ejercerlo realmente aun si es indigno de ello y si, consiguientemente, no puede ser de ningún modo signo al haber roto la comunión. En tal caso, el ministro está incapacitado para realizar, con el espíritu conveniente, lo que la Iglesia le encargó. Es miembro de la comunidad tan sólo externamente y, por consi-

guiente, deja de tener, en la comunidad, la presencia necesaria.

Hay que confesarlo. La necesidad de seguridad ha hecho que muy a menudo se descuidara la exigencia espiritual vinculada al ministro del sacramento, en provecho de un «carisma funcional» atribuido definitivamente, como en el plano del ser, al que recibe el ministerio de la Institución. *Esta manera de ver y de proceder que desvincula la eficacia del sacramento de la realidad espiritual del que lo administra, es tan nefasta como la concepción mecanicista que considera que la eficacia del sacramento es independiente del estado interior del que lo recibe.*

Cuando se pone por delante, en los sacramentos, «el valor infinito de los méritos de Cristo» y el «tesoro» inagotable que éstos son para la Iglesia, y cuando se insiste, de forma casi exclusiva, en la eficacia casi automática que resulta de los poderes institucionales sin la comunidad y sin los sujetos, *es difícil distinguir* (hay que tener el valor de decirlo) *un sacramento de una acción mágica, y su eficacia de un efecto jurídico*. ¿No es así como en la práctica los cristianos viven los sacramentos aún hoy? Igual que a los hombres les tienta incesantemente caer en *la idolatría* por mediación de las ideologías y de las teorías modernas, igual les tienta asimismo su inclinación natural hacia *la magia*, esa desviación o falsificación de la necesidad religiosa humana que es una primera llamada de Dios, así como les tienta su inclinación hacia el *juridicismo*, esa simplificación de lo real que lo reduce a ser materia abstracta del derecho.

La Iglesia, cuanto más pierde en vitalidad religiosa, tanto más insiste en este sacramentalismo que la tranquiliza acerca sí misma y de su misión. En realidad, este sacramentalismo la ciega sobre su estado espiritual. Exaltando una acción sobrenatural *totalmente desencarnada*, sometida, sin embargo, íntegramente a unos signos *totalmente materiales*, como si todo fuera efecto del vigor de su fe, La Iglesia cultiva en falso su buena conciencia.

Desgraciadamente, desde hace tiempo, la Iglesia no se inmuta ni se cuestiona, en lo que se refiere al valor de sus acciones sacramentales, debido a la regularidad canónica y a la observancia de las rúbricas. La

concepción automática de la eficacia de los sacramentos, junto con el *carácter materialista* de los mismos, hacen que la Iglesia se centre en la cantidad, frecuencia, puntualidad y corrección de la prácticas que impone, obviando por completo su calidad, y contribuyen a que des-cuide muchos de sus deberes esenciales (*despertar a sus miembros a la interioridad, cultivar en ellos la vida espiritual y, en la medida de lo posible, dar testimonio de lo espiritual en el Mundo*) de modo muy importante.

Exigencias del don y de la llamada en cuanto tales

Todo don de Dios debe acogerse como tal y, una vez acogido, cultivarse; toda llamada de Dios emitida como tal debe captarse como tal y, una vez escuchada, seguirse; de lo contrario, el don se desvanece y la llamada no alcanza su objetivo. Pero además, si el don se acoge y no se cultiva, y la llamada se capta pero no se responde a ella, don y llamada se tornan veneno y «condenación».

Por eso, la administración de los sacramentos (piénsese en el bautismo) debe hacerse a una edad espiritual en que la acogida y la comprensión, el cultivo y la respuesta, de esos signos que son a la vez don y llamada, sean posibles. En rigor, la recepción física del don, condición previa a la acogida, puede hacerse a cualquier edad, pero, ¿es razonable que se dé el don si después no hay nada que contribuya a preparar la acogida y el cultivo necesarios? La llamada, en cambio, para captarse como tal, exige ya una primera interioridad que supone atención. ¿Es, pues, razonable dirigir esta llamada a quien no está aún suficientemente desarrollado espiritualmente como para poder responder, a lo largo de la vida, a lo que exige la fidelidad a medida que se madura?

Estas consideraciones rigen la práctica sacramental. Cuando se tienen en cuenta, tornan imposible imponer una utilización de los sacramentos de carácter mágico o puramente jurídico, y permiten, en cambio, darles a éstos un valor altamente espiritual. Hay que reconocerlo, tener en cuenta estas consideraciones exige a la Autoridad que un sentido espiritual penetrante y atento a cada caso individual sea el que regule las condiciones de la administración y de la recepción de los sacramentos. Esta atención al caso individual, tan necesaria, es tanto más incómoda en la medida

en que va en contra del uso general. La Autoridad religiosa se suele comportar *como toda autoridad civil*, que tiende, por inclinación natural, a dictar reglas para todos por igual. Además, por su concepción estrecha de la fidelidad a sus orígenes, se siente obligada a legislar en continuidad jurídica con lo que fue norma en el pasado.

Con todo, debe añadirse que la Autoridad debe tener en cuenta la inercia de unas *costumbres en torno a los sacramentos* que, sacralizadas a lo largo de los siglos, están como instaladas mediante la ayuda, más o menos aceptada o incluso favorecida, de las supersticiones. La Iglesia debe ser paciente y tenaz en este ámbito a fin de liberar, a sus miembros de cristiandad, de los usos familiares y sociales, más mundanos que nacidos de la fe, y, además, a fin de ayudarlos a acceder al plano humano y cristiano en el que los sacramentos adquieren la importancia adecuada y dejan de ser coartadas que dispensan de una vida espiritual profunda.

El bautismo ⁽¹³⁾

El «bautizo» o «bautismo de los niños» es una práctica muy enraizada todavía en las costumbres, incluso en los ambientes donde la observancia religiosa es inexistente. El nacimiento de los hijos es, de hecho, un acontecimiento importante en la vida del padre y de la madre. Por eso, aunque este acontecimiento no se entrevea en toda su dimensión humana, que es lo que la celebración intenta explicitar, este rito permanece arraigado en las costumbres de un pueblo que aún

⁽¹³⁾ Los desarrollos que siguen, sobre la práctica de los sacramentos, aunque aquí se proponen en el marco de las parroquias y de las diócesis actuales, *sólo pueden realizarse perfectamente en el seno de las comunidades de fe, según mi parecer*. No obstante, en una primera aproximación, parecen viables ya hoy. De llevarse a la práctica, significarían un *progreso* en las actividades sacramentales. Sin embargo, no habría que considerar que estas mejoras dispensan del advenimiento de las comunidades de fe, pues, por el contrario, habría que ver en ellas *el inicio lejano*, indirecto pero útil, del nacimiento de dichas comunidades.

En cuanto al bautismo, por ejemplo, una iniciativa interesante, que precede a una administración más correcta del sacramento, es la preparación conjunta de las familias

no ha degenerado en «población». De hecho, para muchos, la celebración del nacimiento es la base sobre la que el bautizo, más que injerarse, se superpone. Debido a esta superposición, el bautizo es una de las últimas tradiciones aún vigentes de la cristiandad moribunda.

No obstante, el bautizo de los niños (no el bautismo propiamente dicho) plantea problemas a muchos padres cristianos. Por un lado, el atavismo y la presión de los abuelos les empuja a hacerlo. Pero, por otro, sienten el deber de rechazar el hecho de prestarse a una práctica que consideran, no sin razón, deberse a una concepción de la misma casi mágica y puramente formal.

Les pasa lo mismo a muchos sacerdotes tan sensibles al carácter exclusivamente rutinario de los bautizos que incluso hacen de esto un auténtico caso de conciencia. Se sienten divididos entre el deseo de no negarlo a quienes se lo piden, que son gente que no suele tener otro contacto con la Iglesia fuera de éste, y el escrúpulo de desacreditar lo que debería ser un acto capital que compromete toda la vida.

La Autoridad se empeña en mantener esta práctica de siglos propia de la cristiandad, que, sin embargo, no se remonta a los primeros tiempos, cuando el bautismo se daba lo más tarde posible por diversas razones (de poco fundamento, por otro lado). Para justificar su empeño, la Autoridad acentúa el don de Dios que el sacramento conlleva, al que describe con la imagen de la simiente, del fermento o de una presencia infusa. Al mismo tiempo, insiste en el compromiso de los padres (plasmado incluso en un escrito firmado) de «educar en la fe» a los hijos y proteger y cultivar así el don hasta que el chico sea capaz de acogerlo.

que desean bautizar a sus niños. Dicha iniciativa puede contarrestar las relaciones desafortunadamente pasajeras y superficiales de la preparación común, así como el hecho de que los bautizos sean “en serie” durante una misma ceremonia. Medidas como ésta, sin embargo, aun siendo buenas, *¿quién negará que son radicalmente insuficientes?* Si la Iglesia creyera que puede contentarse con ellas, se convertirían en un engaño y no modificarían en nada, además, lo que es habitual: tanto el estancamiento espiritual de los padres como la evolución hacia la indiferencia religiosa de los niños.

Pero hay que confesar que, aunque este compromiso sea firme, la familia, como la catequesis de las parroquias, es incapaz de preparar y de preservar la acogida de este don, así como de iniciar la comprensión de la llamada y de la respuesta que ésta espera, cuando el chico, ya crecido, se enfrenta a las poderosas presiones materialistas y ateas de la sociedad actual (colegio, aunque sea cristiano, prensa, radio, televisión, etc.). Cualquier disposición “reglamentaria”, buena en sí pero claramente insuficiente para que la recepción del sacramento sea eficaz espiritualmente, no debería dispensar a la Autoridad de tomar otras iniciativas cara a un cambio mucho más importante en la administración y recepción del bautismo.

No obstante, vivimos un período de transición, tanto más difícil de franquear cuanto más diversos son los problemas por resolver según los individuos y los ambientes. Por un lado, es cierto, no debe «apagarse la mecha que humea» pero, por otro, tampoco hay que dejar que únicamente humee, pues lo que hay que hacer es preparar, con paciencia y flexibilidad, pero también con tenacidad, «la mecha que debe prender».

Entre cristianos de gran exigencia espiritual tampoco hay que mantener, a toda costa y sin mejorarla, una práctica sacramental que no se remonta a los orígenes, pues el riesgo es escandalizar e incluso apartar a algunos, o deformar espiritualmente a otros, al instarles a atribuir un valor sagrado, que no es difícil asociar con la magia o el juridicismo, ambos espiritualmente estériles, a este modo de proceder antiguo, y a hacerlo además con una seguridad que más que fe es conservadurismo.

Esta difícil labor de la Autoridad se impone ahora con urgencia tanto por la rapidez de la evolución social como por no haberla abordado antes, durante mucho tiempo. Es una labor asimismo delicada porque *no puede realizarse de modo conveniente sin confesar que antiguamente la Iglesia nunca creyó que había que evitar una práctica casi mágica así como una concepción fuertemente marcada de juridicismo, tanto en el bautismo como en los otros sacramentos.* Con el fin de facilitar su propia tarea,

la Iglesia cometió una falta grave al recurrir habitualmente a un entorno supersticioso, tanto al administrar los sacramentos como al ejercer su enseñanza y su gobierno; y todo ello ocurrió no sin degradar su misión, si no es que la llegase a falsear por completo.

Una solución que tenga el mérito de la franqueza y del valor es concebible. Al respetar lo esencial, no ofendería a la costumbre ni turbaría verdaderamente a los cristianos, incluidos los más tradicionalistas, al menos duraderamente, pues no hay que ser demasiado optimistas a corto plazo. Dicha solución consistiría en conservar la ceremonia actual de las parroquias *dándole dos significados, el de una «presentación» del niño a la Iglesia y el de una «consagración», por parte de los padres, del fruto de su amor.* Así, la recepción del bautismo se dejaría para más tarde, cuando la edad espiritual del chico haga posible, de un modo realmente consciente y libre, dicha recepción, con todo lo que comporta no sólo de don recibido, acogido y cultivado, sino también de llamada emitida, comprendida y seguida.

Esta solución, pese a que podría invocar a su favor prácticas del Antiguo Testamento, no parece posible, sin embargo, porque la Iglesia arrastra un pasado en el que *hay trazas de traición*, involuntaria sin duda, pero que, entonces, por eso mismo, ella debería reconocer; lo cual le resulta difícil dada su actitud mental actual y dada la concepción que aún tiene de sí misma. La Iglesia no tiene la vitalidad de los fundadores y reformadores de tiempos lejanos, ni tiene la humildad que su pasado, sin embargo, le sugiere con insistencia.

Hay, con todo, otra vía posible para una vida sacramental igualmente auténtica; vía que eliminaría, en la práctica actual del bautismo, tanto las dificultades de los cristianos más lúcidos respecto a las exigencias de su fe, como las de los sacerdotes más conscientes de la importancia espiritual, y no sólo social, de su ministerio. Esta vía consistiría en *distinguir dos tiempos en el bautismo; el tiempo del acto del don, que se concreta en la recepción material del sacramento; y el tiempo de la acogida de dicho don, que incluye la escucha e intelección de la llamada*, inseparablemente unidas ambas al don, cuando éste se recibe como tal, pero

que es imposible acoger, comprender y responder si no hay, previamente, una madurez espiritual suficiente.

En el bautismo del adulto estos dos tiempos son inseparables. De hecho, nadie puede imaginar que el primer tiempo sea suficiente, y que la sola recepción material del sacramento produzca por sí sola el fruto del bautismo a otro nivel que no sea el mero registro e inscripción en la parroquia. No obstante, *estos dos tiempos podrían ser sucesivos* en el caso del bautismo de los niños. El segundo tiempo sería necesario para la realización espiritual del primero, y el primero, por la significación del don, sería necesario para la plena realización del segundo dentro del cuerpo social que es la Iglesia. Las parroquias apuntan ya hacia este segundo tiempo del bautismo con la celebración de la «renovación de las promesas del bautismo». Pero esta renovación es sólo una paraliturgia a la que no se atribuye un carácter sacramental actualmente.

Con todo, esta «renovación de las promesas» es o, siendo más precisos, debería ser un *compromiso de principio, único en su género por su amplitud y su alcance*, que es necesario descubrir personalmente y que no puede decidirse sino libremente y en su momento, tras un itinerario que nadie puede organizar ni minutar. Por eso este compromiso ni puede regularse de forma general, igual para todos, ni puede hacerse en grupo, ni programarse para una edad determinada. Sería muy importante, por el contrario, que este segundo tiempo del bautismo tuviera un *carácter esencialmente individual*, que proviniera exclusivamente de la iniciativa del que quiere acoger el don que se le dio, cuya realidad comprende ahora, y al que está decidido a ser fiel a través de todo lo que este don y esta llamada comporten a medida que sus implicaciones se le manifiesten con claridad.

La confirmación

Parece indicado *hacer coincidir este segundo tiempo* con la recepción del sacramento de la confirmación. El nombre mismo apunta a este acercamiento. Uno se confirma en la fe cuando, abierto a la acción de Dios en él, y habiendo llegado a una determinada edad espiritual,

acoge el don que recibió y escucha la llamada que se le hizo justo al tomar conciencia de las exigencias que se elevan en su intimidad y a las que quiere responder con inteligencia y fidelidad personales.

La confirmación no tiene en la Iglesia la importancia sacramental que debiera, cuyo signo parece ser la intervención del Obispo en persona. Sin embargo, hasta hace poco, se recibía sólo unos días después de la comunión solemne, y esta proximidad eclipsaba esta importancia. Además, todavía hoy, al menos en las zonas rurales, las giras canónicas del Obispo, espaciadas y rápidas, son ocasión de juntar a los chicos de varias parroquias, para confirmarlos en serie, aun siendo menores de diez años incluso.

Este segundo tiempo del bautismo, unido a la recepción del sacramento de la confirmación, conferiría al bautismo, tal como se hace actualmente en las parroquias, lo que de hecho le corresponde ser por esencia, y que resultaba más claro en el bautismo de adultos de las primeras Iglesias. Este segundo tiempo prepararía, además, a la confirmación para desempeñar ésta el papel que algunos empiezan a sugerir adjudicarle ⁽¹⁴⁾: *habilitar al cristiano para recibir del obispo*, porque éste lo conoce personalmente en lo religioso (lo cual exige mucho más que una simple verificación de un saber doctrinal), *el servicio o ministerio que, de acuerdo con la parroquia, un día él le podrá confiar por su autoridad apostólica. Este servicio o ministerio podría extenderse a la celebración de la Cena cuando fuera necesario bien porque ésta no pudiese asegurarse de otra forma, bien porque las comunidades de fe, nacidas en el término de la parroquia, manifestasen una verdadera vitalidad espiritual, de modo que fuese esencial para ellas la celebración eucarística* ⁽¹⁵⁾.

La ordenación

La confirmación vendría a ser, de esta forma, la terminación del bautismo y un primer paso hacia el servicio a la Iglesia al que actualmente

⁽¹⁴⁾ Ver los artículos del R.P. J. Moingt en *Études*, a partir de enero de 1975.

⁽¹⁵⁾ Ver: «Para entrever la Iglesia de mañana», capítulo II de *Mutation de l'église et conversion personnelle*, París, Aubier, 1975, p. 70 (“Función cultural y misión apostólica”).

sólo introduce la ordenación. Liberada de la preocupación de asegurar el servicio parroquial con un número suficiente de ordenados, la ordenación podría tener en cuenta entonces, sin ningún tipo de restricción, las *exigencias extremas* del ministerio ⁽¹⁶⁾.

Éste supone, en efecto, primero, *una llamada interior* singular y enraizada en el ser, que exige purificaciones y profundizaciones que requieren su tiempo, y que, por tanto, no pueden autenticar dicha llamada lo pronto que se desearía. El ministerio supone, además, *una experiencia de la vida y un equilibrio humano* excepcionales (en particular cuando el celibato es la regla), unidos a una madurez espiritual y a una inteligencia en profundidad de Jesús y de la Iglesia muy diferentes de las que dan los conocimientos librescos de las ciencias humanas o de la teología. *Sólo el tiempo y una vida fuerte y fiel, en plena pasta humana, pueden ayudar a alcanzar lo que de fondo exige el ministerio*, todo ello tanto más necesario cuanto que la sociedad, con su mentalidad, sus desequilibrios y su organización cada vez más opresiva, se opone poderosamente, ya desde la primera infancia, al nacimiento y al desarrollo de este tipo de misiones, a las que recusa sordamente, por más que las necesite, ni que sea para sobrevivir.

¿Cómo responder convenientemente a esta llamada hacia las cimas de lo humano, al borde también de sus abismos, si la *acción* no alcanza a brotar de la interioridad del ser y sólo la provocan unos servicios que cumplir y una autoridad que los señala, y si la *plegaria* se queda en el plano de la observancia reglamentada y de la piedad rutinaria, y no es el pulso espiritual del propio ser?

Para recibir tal como conviene el sacramento del orden (cosa que actualmente atañe al sacerdote o al obispo), en una época que se parece a la de los orígenes en tantos aspectos, es necesaria una formación humana y religiosa que uno sólo puede alcanzar si se somete, durante largo tiempo, a las *condiciones de la vida común de todos los hom-*

⁽¹⁶⁾ Ver *loc. cit.* p. 73 (“La misión apostólica exige mucho más, a los que la reciben, que lo que se pide actualmente a los sacerdotes de parroquia”).

bres. Es necesario avanzar también por un *itinerario muy personal*, balizado con numerosos y frecuentes períodos de soledad verdadera y de silencio, en los que uno se encuentra ante sí y ante Dios, fuera de todo tiempo y lugar, solo ante su destino. Todo esto exige que la consagración definitiva, tal como se concibe actualmente, se traslade a *una edad suficientemente avanzada*, que depende de cada uno ⁽¹⁷⁾.

Cuando el recorrido de toda la vida, que primero condujo a la ordenación y que luego fue su consecuencia, ha sido realmente ascendente y no sólo el efecto de una insistencia y de un voluntarismo «espiritual» obstinado, ¿no debería éste terminarse, cuando ya las fuerzas declinan y uno no puede ya ocupar con el vigor necesario el cargo que había desempeñado, con un *retiro propiamente de contemplación*; contemplación en la que todo un pasado fiel inspira y sostiene la plegaria que, mejor que cualquier otra, por lo que la ha preparado desde tanto tiempo atrás, abre secretamente a la Iglesia hacia el porvenir? Hay que confesarlo: ni los aprendizajes de la vida apostólica, ni las condiciones en las que ésta se despliega actualmente, preparan para esta realización que, por eso mismo, *es muy rara*.

Todo lo que era bueno en régimen de cristiandad, a fin de formar una jerarquía destinada a una vida de notables, capaz de gobernar a velocidad de crucero una Iglesia consolidada y establecida, más inspirada por las maneras del siglo que por las exigencias evangélicas, en la actualidad, *es radicalmente insuficiente*.

Sería imposible insistir lo suficiente. Con excepción de algunos seres de élite, siempre sobrecargados de trabajo y a menudo extenuados, la Iglesia, en estos tiempos difíciles y por eso exigentes, sufre especialmente debido a *las carencias de los obispos y de los sacerdotes*. No se trata de carencias que afecten ni a la moralidad ni a la conducta, que, pese a todo, son notablemente impecables y hacen que la Jerarquía actual sea incluso ejemplar, en comparación con la de otros períodos del pasa-

⁽¹⁷⁾ Ver Anexo: «Perseverancia y fidelidad en los compromisos fundamentales» (traducción en: *Cuadernos de la Diáspora* 3, p. 36-45).

do. Se trata de una insuficiencia frecuente tanto de carácter como de valía intelectual (que no remedian los diplomas universitarios, que raramente superan el nivel de «secundaria» debido a una formación muy vigilada y además ya obsoleta); de una mediocridad espiritual, de una juvenilidad (*juvénilité*) prolongada, de una misoginia inquietante y de una superioridad no superada a veces; todo ello carencias que se transparentan en unas relaciones demasiado únicamente de camaradería entre ellos mismos, o en una jovialidad sistemáticamente exagerada, «fraternalista» o «paternalista», con los laicos; relaciones en las que sólo el lenguaje empleado menciona, a veces, la vida cristiana.

El futuro de la Iglesia *depende de la conversión en profundidad* de una Autoridad que ha cedido a la influyente presión del Mundo, de múltiples maneras y desde que fue una fuerza social y política; una Autoridad que, por su reclutamiento, padece, indirectamente, la debilidad espiritual del conjunto de los cristianos; y que además, por la misma concepción de su ejercicio, escoge a sus principales representantes entre los más sumisos y con poca personalidad de entre la gente de «buena sociedad», salvo alguna excepción que parece elegir como con menosprecio.

En estos tiempos de desasosiego que desesperan a tantos cristianos, *si la Autoridad se levantara y se comprometiera con fe en una verdadera re-creación de la Iglesia*, en lugar de permanecer paralizada por la única preocupación de conservar, enroscada y adormecida, la mentalidad y los modos de gobernar que han sido impotentes precisamente para prevenir y sortear la crisis actual, *reuniría a su alrededor, en pocos años, una minoría importante de creyentes*; creyentes que se convertirían de veras en discípulos pues tendrían el valor de creer y de responder a la llamada escuchada, hacia la que les conduciría la presencia de quienes, al mismo tiempo, les abrirían el camino gracias a la vida que habrían adoptado. De este modo, la Iglesia encontraría al fin *su verdadero rostro, el de Jesús en este siglo*. Respondería a las posibilidades espirituales de los hombres de hoy y a las necesidades religiosas de un mundo a la deriva.

El matrimonio cristiano

El matrimonio en la iglesia es una práctica del tiempo de cristiandad, cuando la Iglesia estructuraba la sociedad civil en gran medida. Como el bautizo de los niños, el matrimonio se cuenta aún entre nuestras costumbres porque se inserta en la celebración de un acontecimiento importante de la vida. Sin embargo, este matrimonio también plantea muchos problemas. Para resolverlos, *hay que distinguir la formación de la pareja y la recepción del sacramento*, aunque ambas se hayan confundido desde hace siglos.

La fundación de la pareja no es algo específicamente cristiano. La pareja es otra cosa que la convivencia ocasional tras un encuentro amoroso que, desde el comienzo, piensa durar lo que duren los sentimientos, ya sean éstos espontáneos o cultivados por sí mismos, por cada uno y para sí. *La indisolubilidad se impone radicalmente a la pareja cuando los dos perciben, de un modo suficientemente claro, que ésta es un rasgo específico de su amor*, de manera que el encuentro singular del uno con el otro es capaz de inspirar, por las exigencias íntimas que engendra en ellos, todos sus comportamientos futuros. Esta indisolubilidad *no es sólo consecuencia de un contrato o de una ley divina impuesta desde fuera*, sino que es consecuencia de la grandeza humana y de su capacidad de alcanzar el nivel de la fe y de la fidelidad que está más allá de la simple confianza y más allá de la simple observancia de las reglas de una asociación ⁽¹⁸⁾.

En estas condiciones, el sacramento del matrimonio no debe ser condición necesaria para que la Iglesia y los cristianos reconozcan la existencia de una pareja. *La pareja, en sí misma, se reconozca o no, es don y llamada de Dios.* El sacramento, en cambio, concierne a la pareja sólo cuando los esposos, cristianos ambos, piden el sacramento al final de un recorrido juntos y por una decisión conjunta y libre con la libertad que sólo el amor verdadero entre dos seres esencialmente solitarios

⁽¹⁸⁾ Ver Anexo: «Perseverancia y fidelidad en los compromisos fundamentales» (traducción en: *Cuadernos de la Diáspora* 3, p. 23-31).

puede hacer nacer. Porque de este modo esta pareja encontraría plenamente su sentido y su consagración a Dios, el sacramento sería asimismo necesariamente reconocido y deseado *en su propio orden*: como don de Dios a la pareja, que ésta quiere recibir y acoger; y como llamada de Dios, que la pareja quiere comprender, escuchar y seguir.

Sin duda este don reconfortaría el don que los esposos se hicieron el uno al otro ante ellos mismos y ante Dios pues, aunque se consideren ateos, a este nivel de profundidad humana, lo habrían hecho ante Dios aun sin reconocerlo. Así mismo, esta llamada reafirmaría la llamada que cada uno es para el otro al nivel de su propio misterio, más allá de lo que se vive conscientemente.

Además, el don y la llamada constitutivos del sacramento tendrían por objeto llamar y ayudar a la pareja, allí donde viviese, a *ponerse al servicio de la comunidad de fe* que debería ser la iglesia; servicio del que forman parte las actividades propiamente familiares aunque no lo agotan.

Si estas consideraciones se aceptasen, *dos vías, como en el bautismo, serían posibles* con objeto de conservar las tradiciones, aún inscritas en la sociedad, y de respetar, además, el carácter esencialmente espiritual del sacramento. O bien, primero, una simple bendición nupcial, a la que luego seguiría, eventualmente, la celebración del sacramento cuando la pareja lo decidiera libremente como fruto de un recorrido personal de cada uno, hecho en común. O bien considerar que el sacramento se desarrolla en dos momentos, solidarios pero sucesivos, cada uno de ellos condición de la realidad del otro: primero, el momento de la recepción material del don a través de la mediación de los signos; y, luego, cuando la pareja llegase a ser espiritualmente capaz de ello, el momento no sólo de la acogida del don sino de la emisión de la llamada, de la escucha y de la respuesta ⁽¹⁹⁾.

⁽¹⁹⁾ En cualquiera de los casos, *es importante separar radicalmente el sacramento del matrimonio de la celebración de la misa*, al contrario de lo que se viene haciendo, en que las dos acciones suelen estar imbricadas. Conviene dar la importancia que se merece

El sacramento de la penitencia

Fijarse en la acción de la comunidad de fe junto al ejercicio del poder institucional permitiría asimismo que el sacramento de la penitencia (llamado hoy con más exactitud «de la reconciliación») volviese a encontrar su lugar en la vida religiosa de los cristianos.

Ningún otro sacramento ha caído tan rápida y totalmente en desuso. Sin duda, esta desafección no se debe sólo a la disminución del sentido de pecado, sino que proviene del *modo de concebir antiguamente el pecado* bajo el influjo del «jansenismo», presente en la Iglesia antes de llamarse así; modo de concebir enraizado en la «culpabilidad» que yace soterrada en lo más espeso de la espesura humana, y que elevó al plano religioso un «judaísmo» que Jesús rechazó ⁽²⁰⁾. Esta desafección se debe, además, a la forma devocional con que antes se practicaba la confesión; *forma devocional inspirada en el juridicismo*, presa de la rutina por la reiteración e insignificancia de lo confesado, y tampoco dignificada, salvo excepción, por el valor de las recomendaciones del confesor, inexorablemente banales, tópicas y machaconas. ¿Cómo podría haber sido de otro modo, sin embargo, dadas las condiciones, incluso sólo materiales, en las que se administraba este sacramento?

La Iglesia se orienta favorablemente hacia una liturgia colectiva del sacramento de la penitencia. Sin duda, esta ceremonia propiamente sacramental es algo aún excepcional y de iniciativa sólo del obispo. Pero probablemente esta confesión comunitaria se generalizará en el futuro, y la confesión individual quedará para los casos

a la formación de la pareja; importancia que tiende a depreciarse por simultanearla con una misa que pasa a ser la acción principal de la ceremonia. Con esta separación, la celebración se podría concentrar en el *carácter único y espiritual del vínculo interior, más que jurídico*, que junta y que une para siempre a los esposos, que pueden ser fieles al amor nacido entre ellos pues son suficientemente adultos como para ser capaces de concebir dicho amor con todas las exigencias íntimas que éste comporta.

⁽²⁰⁾ Ver: «Ensayo sobre la fe. Aplicación a la fe en Jesús», *Cuadernos de la Diáspora* 20, Madrid, AML, 2008, p. 100-102, “El perdón de los pecados otorgado por Jesús”.

excepcionales que provengan de una verdadera conversión, o que se deban a una comunidad verdaderamente preocupada por su salud espiritual y por su unidad en profundidad.

Esta confesión personal, en estas dos circunstancias indicadas, pertenecería al orden del testimonio de quien sabe, por haberlo vivido personalmente, lo que hay de error y de locura posible en el hombre. La confesión no sería entonces para este creyente, contrariamente al uso presente, ocasión de una humillación penosa, aceptada o deseada como una mortificación merecida y reparadora, sino que sería la afirmación de la grandeza que habita en él, que ha sido capaz de superar la cobardía y la abyección bajo la moción de Dios.

La extremaunción

La extremaunción es sin duda el sacramento en el que el *entorno supersticioso* es más denso y frecuente. En nuestros pueblos, por no decir en todas partes, es el *principal servicio* que se espera del sacerdote, y una de las razones de que se desee que viva en el lugar. De hecho, antiguamente, los reyes siempre iban acompañados de un médico que les facilitara la muerte y de un capellán que les aseguraba el pasaporte hacia el más allá.

Y, sin embargo, como contraste, cuando se acerca el final y el enfermo se ve llevado a la fuerza allí donde nadie puede estar verdaderamente junto a él sino a través de la secreta realidad que es la unidad humana, ¡qué bueno sería espiritualmente para él, en esta hora única, solemne por la mutación misteriosa que anuncia, *ver de lejos reunirse en torno a él, en lo posible, la comunidad de fe* a la que perteneció durante toda su existencia, con intención de aportarle, por su presencia propiamente sacramental, el consuelo simbolizado por los ritos de la extremaunción, que realizaría el ministro institucional que estuviera presente!

Parece, pues, que, en esta situación última, *sólo la realidad de la comunidad de fe* puede dar, a este último acto comunitario de la extremaunción, también don y llamada de Dios, su carácter hondamente

humano, totalmente orientado hacia la esperanza de la eternidad. Por eso mismo, sólo la presencia de la comunidad de fe puede exorcizar en este acto todo lo que el temor al más allá desconocido puede llevar a atribuirle de práctica mágica ⁽²¹⁾.



Todas estas medidas dependen, en definitiva, de la existencia de verdaderas comunidades de fe. Estos cambios sólo podrán desarrollarse plenamente y dar sus frutos en y a través de ellas. Toda reforma en el marco actual de la parroquia será un parche frágil pese al ingenio y a los medios que puedan emplearse y desplegarse en su invención y en su aplicación.

Ojalá los cristianos puedan ayudar en esta obra capital pues ninguna remodelación de la práctica sacramental será eficaz, ni los sacramentos recuperarán su valor espiritual (a falta de lo cual será de justicia que caigan en desuso) sin estas pequeñas comunidades de fe cuya creación sólo puede ser iniciativa de los cristianos, y cuya perseverancia deben éstos religar a la Institución pero sin permitir que ésta sucumba a la tentación de una «recuperación» que rápidamente provocaría la «desnaturalización» de dichas comunidades debido al modo como todavía hoy se concibe y se ejerce la autoridad.

Ojalá la Autoridad tenga fe en la acción de Dios en la Iglesia, sobre todo en la parte donde ella no tiene la iniciativa; ojalá tenga la certeza de que la crisis actual sólo puede superarse si bastantes cristianos, convertidos en discípulos, abren ellos mismos el camino; y ojalá que no le tiente acaparar esta acción de remodelación y atribuirla a su solo ministerio.

Hay que afirmar, ya desde ahora, que más de una iniciativa, discreta hasta ser invisible (sobre todo entre los jóvenes, cuyas iniciativas

⁽²¹⁾ El Concilio de Trento no consideró que la *ceremonia del entierro fuera un acto sacramental de la Iglesia. Sin embargo, es una acción capital de la comunidad de fe, esencial para su propia vitalidad religiosa, así como para la de sus miembros. Pero, además, acompañar los restos de un difunto conocido hasta su destino final es ya de por sí una acción*

son menos excepcionales de lo que algunos piensan), parece permitir esperar que esto será así.

Ciertamente, *la vía de la fidelidad es sin fin*. Desde hace veinte siglos, y aun desde antes, algunos hombres caminan por ella. En verdad, estos hombres sólo han avanzado los primeros pasos pues *la distancia a franquear tiene la dimensión de la intensidad con la que Jesús vivió su corta vida*.

IV

Hoy en día, las comunidades de fe en Jesús son aún muy escasas

La mutación que necesita la Iglesia la transformaría en la *comunidad de multitud de comunidades de fe en Jesús*. Ya no sería una sociedad religiosa de gobierno y de enseñanza, monolítica cara a los hombres. Institución y Comunión inseparablemente, pero, en adelante, socie-

de un valor humano profundo y, por lo tanto, ya es realmente espiritual, aunque oficialmente no se califique así, para un colectivo normal, estable y no demasiado numeroso, lo cual permite que sus miembros se frecuenten a lo largo de los años y así se conozcan suficientemente.

Sea cual sea su nivel humano, los miembros de dicha comunidad *se sienten obligados* a asistir a la sepultura del cuerpo de uno de los suyos. Con ocasión de esta ceremonia, incluso si sus motivaciones iniciales sólo fueron mundanas y de cortesía, los asistentes alcanzan, casi sin pretenderlo, *una conciencia de su condición común y de la solidaridad de sus destinos mucho más profunda* de la que normalmente tienen, distraídos por las preocupaciones individuales o embriagados por las ideologías “fraternizantes” de la época. El velatorio tras la muerte, la procesión al cementerio, el traslado a hombros del ataúd, el relevo de unos por otros y la sepultura son *verdaderas acciones “sacramentales”* para esta colectividad, y *a fortiori* para la comunidad de fe, debido a su especial consistencia humana y espiritual.

Recíprocamente, cualquier renovación de la Cena, que engendra a esta comunidad, de la cual ella es el fruto además, *¿puede acaso celebrarse con el realismo necesario, y actualizar así la última noche que Jesús vivió con los suyos, si se separa de la sepultura y de la primera noche que los discípulos pasaron en las tinieblas sin fondo de la ausencia; tinieblas que la presencia secreta del Maestro, cuando aún estaba entre ellos, preparó en ellos?*

dad donde la institución es, más que la matriz y la base, la consecuencia de la comunión, la Iglesia podría ser llamada y fermento, de forma útil, adaptada a cada hombre en las horas en las que ante éste, en su nivel de humanidad, se levantan las cuestiones fundamentales que la condición humana plantea. Esta multitud de comunidades no puede ser, sin embargo, el objetivo de un programa preestablecido. Es posible favorecer indirectamente su nacimiento en cierto modo, pero es imposible provocarlo. *Su advenimiento depende mucho más de la iniciativa de los cristianos que de la voluntad de la Autoridad.*

Hay que reconocerlo: estas comunidades son aún escasas. Las que existen son precarias. Hay muchos ensayos y pocos logros que duren más de algunos años, lo cual los convierte en fracasos si bien éstos no son sin frutos. A menudo, estas comunidades dependen casi en exclusiva de una personalidad religiosa un poco fuerte, que es normalmente su origen. Por eso parecen condenadas a desaparecer con su fundador.

Por eso es bastante disculpable que la Autoridad no crea en la viabilidad de este camino y que lo considere un callejón sin salida en el que las buenas voluntades se dispersan, disipan y pueden incluso corromperse. Además, a la Autoridad, cuando recuerda su pasado, en el que superó tantas crisis graves y casi desesperadas, le tienta tener tan sólo paciencia, de buen grado o no pero sin inquietarse demasiado, y creer que no tiene otra iniciativa que tomar que la de aguardar días mejores con la tenacidad del inmovilismo, además de creer asimismo que este modo de obrar es lo propio de la fe.

Sin embargo, después de veinte siglos de haber dispuesto de potentes medios sociológicos de influencia (sin hablar de los ajustes por coerción que se permitió a menudo), *el fracaso de la Iglesia es demasiado manifiesto como para contentarse con repetir lo hecho antaño.* Traicionaría su misión aunque pudiera adoptar esta política, cuya idea es más que modesta pero aun así utópica.

Como la fidelidad de los discípulos de Jesús les exige imperiosamente vivir la fe en comunidad, *les corresponde a ellos abrir esta vía y mostrar así que es practicable* y que puede, a lo largo de la vida, llevar hasta

alcanzar una profundidad humana y una elevación espiritual inaccesibles a los que les basta con asistir a la parroquia semanalmente.

El carácter paradójico de la fe, que nunca los conservadores de creencias respetarán ni los políticos de autoridad reconocerán, y menos en las horas de crisis por el vértigo que les causa, *es ser creador por esencia, es retomar sin cesar el movimiento, siempre en vías de recaer, por el que la fe tienta lo imposible*; movimiento que, lejos de ser una quimera, es la esperanza en acto; imposible que se impone al hombre con la radicalidad de lo necesario pues en él está en juego no sólo el sentido del Universo y el de la existencia humana sino el de la existencia misma.

*Dificultades con las que tropiezan la fundación
y la perseverancia de una comunidad de fe*

Hay que reconocerlo: *pocos creyentes son capaces de estar en el origen de una comunidad de fe*. Hay que estar llamado a ello en lo íntimo (de un modo muy indirecto a menudo), y hay que haber sido preparado secretamente, paso a paso, a través de los acontecimientos, ya que este origen no podría ser sólo la consecuencia de una resolución generosa, activada, sin más, por la comprensión de la necesidad de tales fundaciones. Puede que haya muchos llamados y pocos escogidos porque pocos responden a la llamada y perseveran en el camino. Es el secreto de cada uno.

Pero es cierto que *muchos podrían colaborar en la fundación y en el desarrollo de estas comunidades si quisieran hacerlo con entrega y tenacidad*. El éxito excepcional de las iniciativas de los fundadores de órdenes de antaño se debió, sin duda, a lo que ellos eran en sí mismos pero también, y puede que aún más, al hecho de encontrar a tiempo colaboradores sin los que ellos no habrían llegado a ser lo que fueron. *Jesús mismo es hijo del hombre, no sólo por su raza y por sus padres sino también por sus discípulos*.

El nacimiento de estas comunidades de fe depende, pues, de la fidelidad, sugerida en lo íntimo, de un número de cristianos mucho

mayor de lo que normalmente se cree. Si hay un signo favorable hoy, es la aparición espontánea y por doquier de múltiples grupos de oración. En algunos de estos grupos parece que incluso vuelven los carismas del comienzo. Sin embargo, no hay que olvidar que estos carismas son sólo por un tiempo, como antaño para ayudar a la constitución de las primeras comunidades, y no el objetivo buscado.

Cuando los movimientos carismáticos desemboquen en la formación de comunidades de fe en Jesús estables, vivas, *donde la regla sea la discreción*, se sabrá con certeza que dichos movimientos nacieron por la moción de Dios y ahora permanecen gracias a ella; y que no son efecto de una sugestión colectiva ni de algún tipo de evasión afectiva ante las conmociones e incluso convulsiones de la época. El árbol se reconoce por sus frutos.

Necesidad del retiro para quienes quieren participar de un modo particularmente activo en la vida de una comunidad de fe

Consagrarse a la formación y a la vitalidad de una comunidad de fe es la mejor manera de recibir de ella. Hay gracias propias del comienzo igual que hay gracias propias de la juventud. En la perseverancia hay una profundización que nada sino ella da. En el orden espiritual, para dar hay que acoger, y para acoger hay que dar, es decir, hay que darse. Quien sólo está de paso en una comunidad de fe se mantendrá ajeno a los beneficios que podría recibir, aunque su paso por ella no ocurra sin provecho para él. Se quedará como cristiano de práctica dominical sin poder llegar a serlo en profundidad, tal como antiguamente se podía hacer.

Sin embargo, para que este don de sí sea verdadero y no sólo ocasional, debe enraizarse en la totalidad de lo que uno es. De lo contrario, después del tiempo de la novedad y del fervor correspondiente, con el desgaste de los años, el don de sí languidece en lugar de desarrollarse. Poco a poco, el hábito reemplaza a la iniciativa más firme y más resuelta, igual que las conveniencias, que, además, desaparecen luego, cuando otros intereses o «deberes» aparecen.

El don de sí, para perseverar (lo cual no puede ser sin que el don se desarrolle e invada lo que uno es), exige *alcanzarse con frecuencia a sí mismo en el corazón mismo del propio ser, en la solemne soledad*, allí donde se dejan entrever, en su desnudez y brutalidad, las condiciones de la vida. De vez en cuando el hombre tiene que *abrazar, con una mirada interior y desde dentro*, como en hilera uno detrás de otro el conjunto de sus días, y debe esforzarse por captar *la línea fundamental de su existencia*, balizada paso a paso por sus fidelidades y sus faltas, todas ellas decisivas para su orientación y su maduración. Este mismo movimiento conducirá a este creyente a *sumergirse en la contemplación del misterio de Jesús, tan próximo al suyo en el fondo* a pesar de la distancia que los separa, *pero también tan eminente y extraordinariamente otro*, a fin de recibir así la revelación de lo que él mismo está llamado a llegar a ser.

La vida de fe y de entrega que hace posible la perseverancia de una comunidad de fe exige que al menos algunos de sus miembros se arranquen de sus ocupaciones habituales, incluso del clima fraterno de su asamblea, y que, gracias a un cierto exilio, se retiren dentro de sí como para un viaje sin retorno, que, en realidad, en lo íntimo, lo es verdaderamente...

Hacer así retiro en el claustro y en el silencio, con ayuda de las ceremonias litúrgicas (preparación del recogimiento, reposo del trabajo interior) pero rechazando llenar las horas con devociones que pueden ser huidas;

... rebasar la zona donde bullen aún las impresiones del día, las preocupaciones de cualquier tipo, los temores y esperanzas, los proyectos y las preocupaciones;

... alcanzar la zona más calma, aunque a veces aún agitada, de un pasado que ocupa poco a poco su lugar en la existencia, con sus consecuencias dolorosas para sí y para sus próximos, con sus repercusiones sin fin, inexorables, inextricablemente mezcladas, siempre percibidas más lúcidamente, en el sufrimiento y la impotencia;

... reposar en la inmovilidad y la paz consistentes que nacen: de la aceptación total de la propia situación y destino, de la soledad inte-

rior en la que se entra sin cesar cada vez más, de la adhesión a lo que se impondrá en el futuro, hasta el despojamiento radical del final;

... maravillarse de lo que germinó y se desarrolló insensible y continuamente dentro de sí, sin tener clara conciencia de ello; y que hace que, en definitiva, todo sea exacto y esté bien, incluidas las heridas irremediables y las limitaciones que se manifiestan por doquier.

Sólo queriéndolo con obstinación es como uno se arranca de sus ocupaciones, que siempre esgrimen necesidades imperiosas; así como de las condiciones cotidianas de la vida, que, por fastidiosas que sean, protegen de lo real en bruto, implacablemente en acción. Unos pocos días nunca son suficientes para tal desprendimiento, para tal liberación, primer acceso a la alegría de ser. Por eso, sin alargar de forma inmoderada la duración de estas reclusiones, sobre todo las primeras veces, no hay que contentarse, para estos retiros, con algunos fines de semana. Serían un engaño por provechosos que pudieran ser.

Estos días parecerán largos, sobre todo si se tiene el valor de no llenarlos con sermones o lecturas... No serán sin ascesis, sin tedio, sin dar la impresión de inutilidad, de artificialidad y de anormalidad, o sin suscitar el sentimiento de vacío y de lo no razonable frente a una vida modesta y humildemente tranquila... Habrá también endurecimientos y exaltaciones, tensiones y fatigas que impiden que surja la luz, que esta luz penetre dentro, y que se establezca la paz en el centro del ser.

Nada ni nadie puede dispensar de las peripecias y avatares de este camino hacia sí. *Pero el clima recogido y religioso de un monasterio contemplativo estricto puede facilitar este descenso hacia lo hondo de sí mismo.* En este clima, bajo la uniformidad y la monotonía sistemáticamente mantenidas por una regla minuciosa y una vida de hábitos, cada uno sigue interiormente la vía singular, siempre nueva, en la que, a través de etapas conexas y dialécticas, se ve progresivamente conducido, de descubrimiento en descubrimiento, de logro en logro, de situación en situación, del vacío de algunas horas a la plenitud...

La comunidad de fe y sus extensiones posibles pero no necesarias

La comunidad de fe en Jesús pide sólo que *la estabilidad de sus miembros y la frecuencia de sus reuniones* sean suficientes. *Ninguna actividad de grupo fuera de las que proceden directamente de la vida espiritual de la comunidad, de la de sus miembros y de su formación, es necesaria.* Corresponde a cada uno encontrar, gracias a esta comunión, paso a paso, a lo largo de la vida y por fidelidad, su misión particular enraizada en lo que él es, nutrida de su savia, desplegándose con la cadencia de sus crecimientos, siendo una con él; misión que, gracias a sus frutos, lo perpetuará tras la muerte por la llamada duradera de una silenciosa presencia.

A veces, sin embargo, la comunidad, por su propio desarrollo y bajo la presión de las aspiraciones comunes de sus miembros, siente la llamada a *una acción de grupo, o incluso a cierta cohabitación, o incluso a poner en común los bienes* parcial o totalmente; condiciones particularmente exigentes pero también poderosamente bienhechoras siempre que no se conviertan en la razón de ser de esta comunidad puesto que, entonces, serían ocasión de dificultades insuperables que la conducirían a la dislocación.

La comunidad, cualquiera que sea su modo de vida, *es absolutamente necesario que siga siendo fundamentalmente de fe. Si no, tarde o temprano, degenera rápidamente y se degrada.* Caso de llegar a mantenerse a pesar de todo, sostenida por sus estructuras y levantada sobre importantes implantaciones, entonces, lejos de favorecer la vida religiosa de sus miembros con libertad, cargará a éstos con obligaciones y coerciones, más dentro de un espíritu de servidumbre que de obediencia real a la regla; les añadirá, además, la carga de las necesidades que estas condiciones, más materiales que espirituales, imponen de forma brutal e indistinta a todos; y lo hará sin tener en cuenta para nada los intereses espirituales de sus miembros, que aceptará incluso sacrificar, no sin cierto cinismo recubierto fácilmente de virtud...

Así mueren las congregaciones religiosas, fundadas en el fervor y la alegría de los sacrificios sin límite, pero que conocen la lenta y secreta

desorganización del desconcierto y de la languidez de un final sin esperanza, cuando acaban por prevalecer, frente a la interioridad y la vida de fe, la observancia de la regla, la supervivencia de las actividades de la comunidad y las preocupaciones por reclutar a toda costa con tal de perpetuarse. Muchas congregaciones, pese a su venerable antigüedad y a sus importantes instalaciones, testigos silenciosos pero especialmente expresivos de su edad de oro, deben desaparecer por no ser ya dignas de sus orígenes. En nuestros días, que criban despiadadamente todo lo que existe y que no conservan sino lo que “es”, ¡qué triste es ver desaparecer lo que costó tanto valor y tesón edificar! Con nostalgia se entrevé, como un paraíso perdido, el clima de ardor y de fe que antaño presidió estas fundaciones.

Sin embargo, *las comunidades religiosas propiamente dichas*, de tal modo son reclamadas por la vida espiritual de algunos creyentes entre los más vigorosos, y de tal modo son además, en su esencia, la realización concreta, individual y colectiva, del espíritu de las Bienaventuranzas, al que aspiran de forma esencial las profundidades humanas, que *sin cesar nacen otras nuevas* que viven de este mismo espíritu a su manera. Estas comunidades, aunque ordinariamente se acojan y se ciñan todavía a la codificación (demasiado estimada en sí misma) de las Bienaventuranzas en la forma de los tres votos canónicos de pobreza, obediencia y castidad, están mejor adaptadas en general a la mentalidad y a las posibilidades de su época, que las congregaciones moribundas con sus maneras vetustas y esclerotizadas, todavía amadas a veces por el mero hecho de ser anticuadas.

Estas comunidades religiosas vivientes, las antiguas que se refundan gracias al vigor religioso de algunos de sus miembros y las nuevas que se fundan por la acción de algunos seres auténticos particularmente atentos a los tiempos, son el último reducto, la última formación desde donde la Iglesia debe recomponerse y volver a partir para desempeñar en el Mundo el papel esencial que sólo ella puede hacer. Estas comunidades religiosas, más por su irradiación que por sus iniciativas y directrices, son, en particular, una ayuda casi indispensable para el nacimiento, la perseverancia y la profun-

dización de las comunidades de fe en Jesús que constituirán el tejido vivo de la Iglesia de mañana.

Parece, en efecto, que estas nuevas comunidades religiosas se orientan hacia regímenes de vida cada vez más próximos al de los hombres del medio en que se implantan; ya no están «separadas del Mundo»; se esparcen en grupos poco numerosos, lo cual permite no sólo una vida fraterna entre sus miembros sino una relación de igual a igual y de persona a persona con los otros. Tampoco necesitan instalaciones que contrasten, por su importancia, con su medio social; importancia que antiguamente era a menudo considerable y que, en detrimento de su irradiación, las rodeaba de un marco señorial y de riqueza, incluso si la pobreza de medios y las apreturas del trabajo eran más severas dentro que en su entorno ⁽²²⁾.

Estas comunidades religiosas, sin ser simplemente comunidades de fe en Jesús, *son su prolongación*. Por su variedad *ocupan un lugar intermedio* entre las comunidades de fe y las órdenes cuya tarea es ayudar a la vida contemplativa de los llamados a ella y de los que están, de algún modo, especialmente preparados para ella. Estas comunidades religiosas encontrarán en las comunidades de fe, cuyos miembros viven enteramente como todo el mundo, el remplazo necesario para poder seguir ofreciendo los servicios que sólo ellas pueden asegurar

⁽²²⁾ Parece que las comunidades religiosas están llamadas a *tres actividades respecto de sus miembros*: un período de iniciación, esencialmente religioso, que les dé a los nuevos una verdadera formación espiritual y que les permita, gracias a una interioridad llevada a fondo, entrar en la conciencia de su camino propio, que también es común en cierta manera; la posibilidad, varias veces al año, de reunirse para distanciarse, durante un tiempo, de las condiciones asfixiantes de la vida cotidiana y del efecto materializador y disolvente del medio en que deben servir y vivir; y un lugar, en fin, donde, cuando llegue la hora, cada uno pueda acabar su vida en la contemplación, actividad que, normalmente, es el término de una vida entregada, pero que también, a menudo, podría llegar a ser antes de que la edad imponga el retiro. Esta nueva etapa de la realización espiritual no exige necesariamente la entrada en una orden propiamente contemplativa, pero pide, sin duda, estancias prolongadas y relativamente frecuentes en un entorno de este tipo.

puesto que las familias tienen normalmente cargas y ocupaciones que lo impiden, entre las que la educación de los hijos es central.

De ellas y de las comunidades de fe, provendrán, a su vez, quienes entren en *las órdenes contemplativas*, cuya regla, en cuanto a lo esencial, al contrario de las de los otros grupos, no envejece igual pues emana no tanto de una cultura particular cuanto de la naturaleza profunda del hombre que encara, especial y directamente, el misterio de su condición ante Dios, en el desierto donde ninguna distracción distrae ni protege. Estas órdenes son la *etapa final* a la que deberían desembocar muchas vidas de fe vigorosamente vividas si las circunstancias lo permitiesen; pero no son, en cambio, pese a lo que a menudo se piensa y se dice, el camino privilegiado que cortocircuita y dispensa de recorrer los otros por conducir a la región de las cimas a través de un atajo abrupto pero cierto.

Las órdenes contemplativas

Dentro de la *inmensa fermentación* que hoy exige la mutación de la Iglesia para que ésta pueda salir renovada de la crisis actual, no puede subestimarse la importancia de que estas órdenes contemplativas logren su propia renovación espiritual ⁽²³⁾.

⁽²³⁾ Parece que estas órdenes contemplativas pueden desarrollar *tres servicios* cara a las comunidades de fe y a los cristianos: *la acogida amplia*, en una especie de casa familiar anexa, para que los huéspedes puedan asistir a los oficios y, si su búsqueda personal les lleva a ello, recibir de la atmósfera de recogimiento y de silencio que reina en el monasterio; *la acogida en la hospedería*, a la que hay que proteger rigurosamente de los turistas de paso, a menudo invasores y que, aunque teñidos de una cierta piedad, impiden el clima de retiro del resto; y por último, *la hospitalidad propiamente monástica* para quienes deseen participar plenamente en la vida de soledad y de oración de los monjes en el claustro. Esta hospitalidad haría un gran bien tanto a los miembros de la comunidad como a los cristianos cuya vida de fe les haya llevado a ser discípulos; todos deberían sentir en el momento oportuno esta exigencia para ser totalmente fieles a su camino; hospitalidad también espiritualmente bienhechora para los monjes, que necesitan estas presencias silenciosas y orantes a fin de alcanzar la grandeza de la vida de oración, y no contentarse con ser especialistas dedicados al servicio de la «oración oficial de la Iglesia».

Pero, justo porque la meta a la que apuntan estas ordenes se eleva hacia lo alto de las cimas de lo humano, que son al mismo tiempo accesos hacia Dios, no conviene enrolarse en estas vías singulares sin que la vida haya antes preparado al hombre, larga e íntimamente, dado que, en estas vías, coexiste la plenitud de la realización y de la alegría de ser con la náusea ante el sinsentido de una vida vana y el vértigo de la nada. Es fácil, en efecto, y por tanto frecuente, concebir estas vidas excepcionales de forma falsamente exaltante, que atrae peligrosamente justo a causa de sus exigencias extremas. Hay que afirmarlo: *se entra demasiado joven* en estas ordenes estrictamente contemplativas, sin la maduración que sólo puede dar una vida larga pero sobre todo vigorosa, rica en abnegación y en experiencia. Y también hay que afirmar que el número de fracasos es considerable; y tanto más lamentables cuanto que, en su mayoría (aparte de quienes buscan en ella refugio y evasión), se trata de seres generosos y con grandes riquezas espirituales en potencia.

Fracasos visibles, sin contar las depresiones nerviosas que derriban a los mejores y las deformaciones de todo tipo de las que uno no se libera nunca por completo ni cuando se esfuerza por retomar una vida más normal. Fracasos invisibles: ¡cuántos se paran en un cierto estado de infantilismo, oculto tras el respeto que los envuelve; cuántos vegetan en una vida mecanizada, cuyos hábitos, en lugar de favorecer la libertad interior, son el dogal amado por él mismo; y cuántos, además, giran dentro de un universo irreal a fuerza de haberlo sacralizado para uso de la devoción! Parece que, para evitar quiebras tan desastrosas, sobre todo porque atañen a jóvenes creyentes ricos en promesas, tendría que ser necesario *no entrar en estos caminos de grandeza humana y de fe sino después de haber caminado con vigor* en las condiciones comunes, al servicio de los hombres, allí donde uno se enfrenta de forma muy especial con las durezas de la vida.

La *razón de ser* de estas ordenes religiosas no es la penitencia ni la mortificación interpretadas como sacrificios ofrecidos a Dios y agradables a él por tener un valor de mérito y de reparación como «sacrificios corredentores que completan el sacrificio de Cristo». En

realidad no son sino costumbres masoquistas y suicidas recubiertas por una idea errónea acerca de Dios. La vida contemplativa no es la consecuencia de una ascesis que rompe el cuerpo, de una obediencia que dobla la voluntad y de una castidad congelada, que se refuerza tras la clausura.

Para preparar la actividad contemplativa, incluso en quienes sienten la llamada a esta forma de vida desde una edad temprana, *nada puede remplazar el contacto desnudo y brutal, pero sano y vivificante, con lo real humano*, incluso aunque sólo sea por el contraste y la reacción, y, si necesario fuera, por las caídas seguidas de conversiones que, además, ninguna resolución virtuosa podría provocar a esta profundidad. Sería infinitamente deseable, aunque esto sea ir en contra de una tradición fuertemente arraigada, no poner el acento, tal como aún se pone hoy, sobre lo necesario que es ser joven para hacerse a condiciones tan agotadoras física y psíquicamente.

Para vivir esta vida grande entre todas, es menester, antes, *llegar a ser verdaderamente adulto tanto humana como religiosamente, y resistir, por tanto, la atracción de adoptar dicha forma de vida inmediatamente*; atracción que, por real que sea, es más una promesa de futuro que una exigencia en el presente. Pese a las apariencias, esta atracción es, en un primer momento, una llamada a una vida activa en el Mundo, vida en la que, a pesar de todas las dificultades y oposiciones que uno encuentre, lo esencial es y continúa siendo la vida de fe, lo más interiorizada posible. *Sólo al final* de este camino se abre la puerta del claustro, de un claustro renovado, digno de las más antiguas tradiciones monásticas. De todos modos, si hay un pensamiento y una plegaria que preparen la Iglesia del mañana, ¿no son los de los hombres que culminan su vida de este modo, después de haber creído en Jesús con una fe que hace que, a pesar de los veinte siglos que lo deforman y lo esconden, se consagren totalmente a hacerlo presente entre los hombres? ⁽²⁴⁾

⁽²⁴⁾ El hecho de que los jóvenes entren *demasiado pronto* en un monasterio estrictamente contemplativo supone no sólo un peligro para cada uno de ellos sino tam-

Los jóvenes se acercarán a estos mayores, testigos de la esperanza por ser testigos de la fe, y, a su vez, se levantarán para responder a la llamada que desde los orígenes solicita el corazón del hombre. Los mayores, por su parte, habiendo alcanzado ya la madurez, y tanto más si han cargado con la pesada responsabilidad de la Iglesia y con una preocupación cada vez más lúcida acerca de ella, lejos de desesperar, sabrán alegrarse de verla en el aprieto al que la aboca la crisis actual, que la forzarán a salir rejuvenecida de una vejez mortal.

Y, sin embargo, ¿por qué, en todos los estamentos de la Iglesia y en particular en los más elevados, hay tan pocos cristianos que terminen sus días de esta forma a la que una vida entregada tendría que haber preparado y llamado?

bién para la vocación espiritual específica de dichas comunidades. La presencia del pleno vigor de estos jóvenes hace que estas comunidades se permitan mirar hacia el porvenir con confianza en estos tiempos difíciles, pero, sin embargo, ello puede ser al precio de abrirse, por su demanda, a múltiples actividades de acogida tendentes a seguir los pasos de los movimientos de acción católica actuales; lo cual, aun sin hacer que el monasterio corra el peligro de caer en el activismo, puede llegar a desviarlo de su razón de ser, y llevarlo a conservar observar las costumbres sin perpetuar el espíritu. Aunque la obra de dichas comunidades fuera entonces excelente, ésta podría llevarlas a dejar de ocupar el lugar necesario que antes ocupaban en el conjunto de la Iglesia.